

Didaje

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

No. 25

SERGIO ARCE

enero-junio, 2024

La actualidad de un testimonio

Enviados por Jesús resucitado para construir la paz

Relevancia del pensamiento teológico
de Sergio Arce para la misión de las iglesias
en el contexto cubano actual

Sergio Arce, cien años de presencia creadora

Presencia y significado de Sergio Arce Martínez

Hacer teología con la vida

Arce, educador

Sergio Arce Martínez: digno constructor
para el reinado de Dios

Recordar hoy a Sergio Arce

Sergio Arce, más cercano que nunca

Didajé

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

Fundada en 1998
Publicación semestral

Director
Carlos Emilio Ham Stanard

Editora General
Beatriz Ferreiro García

Diseño gráfico
Arnulfo Espinosa

Revista orientada a la formación y actualización de conocimientos de pastores y laicos en temas bíblicos, teológicos, antropológicos y pastorales.

Las opiniones expresadas en este número representan las ideas de los autores, con las que no necesariamente coincide la institución patrocinadora.

Ocasionalmente publica resúmenes de talleres, jornadas y demás eventos auspiciados por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Inscrita en el Registro Nacional de Publicaciones Seriadas con el número 0506. ISSN 2307-3861.

Suscripción anual

Cuba	10.00 pesos
América del Norte	15.00 USD
América Latina	10.00 USD
Europa	15.00 USD
Resto del mundo	20.00 USD

Pedidos a:
Seminario Evangélico de Teología
Apartado Postal 1439.
Matanzas. 40100
Matanzas, CUBA

Teléfono: (53) 45290575
C-electrónico: cubateologica@gmail.com
Website: www.revistas.setcuba.org

Didajé

No. 25

SERGIO ARCE

enero-junio, 2024

La actualidad de un testimonio

- Presentación/ *Beatriz Ferreiro García* 3
- Enviados por Jesús resucitado para construir la paz 6
Carlos Emilio Ham Stanard
- Relevancia del pensamiento teológico de Sergio Arce 11
para la misión de las iglesias en el contexto cubano actual
Ary Fernández Albán
- Sergio Arce, cien años de presencia creadora 16
Vivian M. Sabater Palenzuela
- Presencia y significado de Sergio Arce Martínez/ *Adolfo Ham Reyes* 26
- Hacer teología con la vida/ *Ofelia Ortega Suárez* 31
- Arce, educador/ *Carlos Emilio Ham Stanard* 37
- Sergio Arce Martínez: digno constructor para el reinado de Dios 41
Manuel Quintero Pérez
- Recordar hoy a Sergio Arce/ *Daniel Montoya Rosales,* 45
Carmelo E. Álvarez, Maritza Macín, Aurelio Alonso
- Sergio Arce, más cercano que nunca 55
Carlos Emilio Ham Stanard

De los autores

CARLOS EMILIO HAM STANARD. Teólogo y pastor presbiteriano-reformado. Es doctor en Ministerio por el Seminario Teológico Presbiteriano de Austin, Texas, y doctor en Filosofía en el área de Teología por la Universidad Libre de Ámsterdam. Entre 2001 y 2013, laboró en varios programas del Consejo Mundial de Iglesias. En estos momentos, es profesor y rector del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Entre sus obras están *El trípode homilético. Una guía para predicadores laicos* (2000) y *Diaconía de empoderamiento: un modelo para el servicio y la transformación en congregaciones locales* (2020), además de diversos artículos sobre diaconía, misión, evangelización y homilética.

ARY FERNÁNDEZ ALBÁN. Teólogo y pastor presbiteriano-reformado. Doctor en Teología por la Toronto School of Theology y la University of Toronto. En la actualidad, enseña Teología Sistemática en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, donde es rector electo. Es autor de *Decolonizing Theology in Revolution. A Critical Retrieval of Sergio Arce's Theological Thought* (2018) y de *Teología en Revolución en clave de-colonial: una relectura crítica de la teología de Sergio Arce* (2024).

VIVIAN M. SABATER PALENZUELA. Filósofa y profesora de Filosofía y Religión en la Universidad de La Habana, donde también enseña Sociedad y Religión, e Historia de la Filosofía. Doctora en Ciencias Filosóficas. Desarrolla su investigación en torno a la relación entre filosofía y religión. Es autora de *Historia de la filosofía y filosofía ¿mundos paralelos?* (2013) y coautora de *De Petrogrado al socialismo en Cuba: cien años después* (2018).

ADOLFO HAM REYES. Filósofo, teólogo y pastor presbiteriano-reformado. Profesor del Departamento de Filosofía e Historia de la Iglesia del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Entre otras altas responsabilidades, fue presidente en dos ocasiones del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas/ Consejo Ecuménico de Cuba, y decano del Instituto Superior Ecuménico de Ciencias de las Religiones. Algunas de sus obras teológicas son *Historia y poder. Comentario sobre el libro de Reyes* (1999), *Praxis teológica* [t. 1] (2007) y *Capítulos de una historia de amor. Místicos del amor* (2009).

Presentación

A ry Fernández Albán, recién elegido rector del Seminario Evangélico de Teología (SET), de Matanzas, acaba de publicar el interesante libro *Teología en Revolución en clave de-colonial: una relectura crítica de la teología de Sergio Arce* (Editorial Caminos, 2024). La obra, resultado de veinte años de investigación, “recupera críticamente el legado teológico de Sergio Arce y lo propone como fuente de inspiración para continuar renovando las teologías de la liberación en Cuba y en América Latina. Presenta un panorama de los contextos históricos previos a la articulación de su teología y reconstruye las etapas de desarrollo de esta al examinar sus principales escritos desde principios de la década de los sesenta hasta finales de los noventa”, según la nota de contracubierta.

“No es solamente un recuento biográfico de la figura de Arce, intentando trazar su trayectoria personal. No es tampoco una exploración de Arce, el teólogo, ministro ordenado de la Iglesia Presbiteriana-Reformada, o del profesor de Teología del Seminario Evangélico de Teología. Fernández Albán sí menciona algunos de estos aspectos biográficos, incluyendo sacrificios y convicciones personales de Arce. Su enfoque, sin embargo,

se centra mayormente en los complejos factores y procesos que influenciaron el pensamiento del pensador. Por ejemplo, el profundo impacto y formación intelectual que la revolución de 1959 provocó particularmente en aquellos comprometidos a construir una Cuba diferente”, apunta el doctor Néstor Medina, prologoista del libro.

El texto, lectura esencial para quienes se interesan por los temas relacionados con la teología cubana, reconstruye una parte fundamental del pensamiento teológico de Arce relacionado con discursos y prácticas de liberación, subrayando tanto las similitudes como las diferencias entre sus respectivos acercamientos metodológicos y hermenéuticos. En sus cinco capítulos, el libro enfoca cuestiones importantes relacionadas con el pensamiento arceano, como los contextos históricos que enmarcaron su teología; su formación religiosa y su educación teológica; los temas principales de la obra de Arce en lo concerniente a debates, discursos y prácticas de liberación; sus aproximaciones interpretativas a conceptos y temas como el trabajo, el capitalismo, la relación entre fe e ideología, y el ateísmo marxista; y la pertinencia de su legado teológico para la renovación de la teología hoy.

El teólogo cubano Sergio Samuel Arce Martínez —a quien se rinde homenaje en esta *Didajé*— es una de las figuras más relevantes de la teología en nuestro continente. Nacido en Caibarién el 31 de marzo de 1924, y fallecido en Varadero en 2015, cursó el bachillerato en el colegio La Progresiva, de Cárdenas. Apenas acabados sus estudios secundarios, se orientó, también, hacia los estudios teológicos, que emprendió en el Seminario Evangélico de Río Piedras, Puerto Rico, y luego en Princeton Theological Seminary, de New Jersey. Tras otra estancia en los Estados Unidos en la década de los sesenta para cursar estudios doctorales en Teología, volvió a Cuba en 1961, donde obtuvo el doctorado en Filosofía y Letras por la Universidad de La Habana.

En el ámbito de su denominación, realizó una larga labor de más de medio siglo como pastor, primero en Nueva Paz, y luego en Santa Clara, Matanzas, Varadero y Unión de Reyes. Resultado de ese quehacer fue su elección como secretario general de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba entre 1966 y 1985.

Arce, quien fue profesor emérito del SET —donde ocupó la responsabilidad de rector de 1969 a 1984—, fungió, además, como profesor invitado en Pacific School of Religion y San Francisco Theological Seminary, en California, Union Theological Seminary, en Nueva York, y University of Toronto, Canadá.

Como autor, sus libros, folletos y artículos conforman una valiosa contribución al conocimiento del pensamiento cristiano cubano. En 1965 publicó una de sus obras fundamentales: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista. Un análisis*

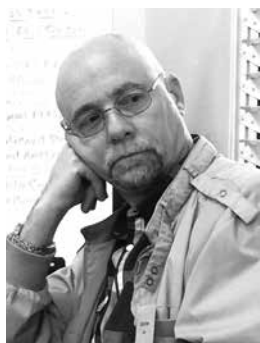
teológico de la vocación de la iglesia cubana en el día de hoy. En 1985 aparece su *The Church and Socialism: Reflections from a Cuban Context*, acompañada de dos valoraciones por parte de la teóloga alemana Dorothee Sölle y el teólogo estadounidense Stanley Aronowitz. Su segunda gran obra está fechada entre 1988 y 1992: *Teología en Revolución*. En 1997, publicaría un hermoso libro: *Las siete y las setenta veces siete palabras. Sermones predicados entre el Domingo de Pentecostés de 1995 y el Domingo de Pentecostés de 1997*. Finalmente, en 2002, aparece su *Teología Sistemática. Prolegómenos*, seguida de una antología de textos en dos volúmenes, el primero de los cuales se titula *¿Cómo es que aún no entendéis?* (2009) y el segundo *No se puede adorar a dos señores* (2019).

Con este número volvemos otra vez la mirada a su vida y su obra. Sus páginas recogen los trabajos presentados en la jornada teológica conmemorativa del centenario de Arce, celebrada en el SET los días 1 y 2 de abril del presente año. Valga esta entrega como expresión del aprecio de muchos por el teólogo admirable, cuyo nombre figura, para siempre, en la historia teológica latinoamericana.

Beatriz Ferreiro García
Editora General

Enviados por Jesús resucitado para construir la paz

Carlos Emilio Ham Stanard



Queridos hermanos y queridas hermanas en Cristo: en el día de ayer, domingo 31 de marzo, nuestro querido hermano Sergio Arce Martínez estaría cumpliendo su centenario, razón por la cual la Facultad de nuestro Seminario Evangélico de Teología decidió dedicar su Jornada Teológica del presente año a este muy apreciado hermano, a quien varias generaciones de seguidores de Cristo, no solo en nuestro Seminario, sino en varias iglesias y el movimiento ecuménico en general, le debemos mucho de nuestra formación.

Como parte de nuestra Jornada, acá estamos en esta capilla donde Sergio predicó por varios años, para así dar gracias a Dios por su fecunda vida y obra. En lo particular, aprecio inmensamente el gran honor de compartir el mensaje en esta noche, pues mi relación con él a lo largo de los años —y me perdonan la alusión personal— ha sido no solo profesional o académica, sino filial. Sin que mi padre y los hijos biológicos de Sergio —Reinerio y Dora— se pongan celosos, lo aprecié como a un padre. De hecho, tuvimos el honor de correr con todos los trámites de sus funerales, en agosto de 2015, cuando ellos se encontraban trabajando fuera del

país. Además, me honro en haber servido en al menos cuatro áreas que él cubrió, a saber: como pastor de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba; como su secretario general; como profesor del Seminario Evangélico de Teología y ahora como su rector.

Pero, ayer, también, como feliz coincidencia, celebramos la gloriosa resurrección de nuestro común Señor Jesucristo. Todavía tenemos muy fresco en nuestros corazones y mentes la celebración ecuménica aquí en nuestro Seminario, en la cual leímos varios textos bíblicos, entre ellos este —que servirá de base para mi reflexión en esta noche— que se encuentra en Juan 20,19-23, y que dice así en la Nueva Versión Internacional:

¹⁹Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando reunidos los discípulos a puerta cerrada por temor a los judíos, entró Jesús y, poniéndose en medio de ellos, los saludó. —¡La paz sea con ustedes! ²⁰Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. ²¹—¡La paz sea con ustedes! —repitió Jesús—. Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes. ²²Acto seguido, sopló sobre ellos y les dijo: —Reciban el Espíritu Santo. ²³A quienes les perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados.

Estamos ante la aparición más importante de Jesús resucitado. Así, Jesús el Cristo se revela a sus discípulos como el mismo que sufrió y murió, mostrándoles las llagas de su pasión. Las heridas de Jesús eran la prueba más convincente de su identidad y la realidad de su cuerpo resucitado. En su lista de apariciones, también está la mencionada por el apóstol Pablo (1 Co 15,5). En todo caso, el cuarto evangelio ha impreso a la narración sus características específicas: ¡la paz sea con ustedes!, y nada menos que dos veces, lo cual es bastante más que un mero saludo. A propósito, fue precisamente ese el énfasis en nuestra referida celebración ecuménica de la Pascua de Resurrección. Recordamos el mensaje de la pastora Dora Arce ayer en el Seminario, cuando expresó que los discípulos se encontraban unidos, sí, pero con gran miedo; y es precisamente en ese contexto que Jesús les desea el *shalom* tan oportuno y necesario.

“Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes”. También esa sentencia pertenece al patrón específicamente joánico. En los discursos de despedida (14—16) aparece frecuentemente en labios de Jesús, quien encarga a sus discípulos la responsabilidad de ser obreros de Dios en el poder y en el nombre del Hijo. Esta comisión es semejante a otras encontradas en diversas partes del Nuevo Testamento (cf. Mt 28,18-20; Hechos 1,8), y es lo que los hace apóstoles.

A lo largo de nuestra propia formación para el discipulado, en el transcurso de nuestra educación teológica, que es continua, nos desarrollamos bajo la influencia de personas “enviadas por Jesús”, en el sentido de esta narrativa bíblica, entre las cuales contamos a nuestro hermano Sergio. Muchos casos podemos citar, como por ejemplo, su retorno a la Patria con la familia en 1961, interrumpiendo sus estudios de Doctorado en Teología en el Seminario Teológico de Princeton, con motivo de la salida de tantos pastores que abandonaban la Isla aduciendo que Cristo se había ido de Cuba.

Jesús resucitado sopló sobre ellos y les dijo “Reciban el Espíritu Santo”. Fue la primera experiencia con que se encontró la iglesia. El Espíritu se hallaba presente y operante en ella. Si leemos atentamente el libro de los Hechos de los Apóstoles nos daremos cuenta de que el verdadero protagonista a lo largo de la historia es el Espíritu. El Espíritu sería atendido de distintas maneras y sus manifestaciones son múltiples. Podría discutirse incluso el momento en que esta nueva realidad comenzó a vivir en aquellos hombres y mujeres, transformándolos. Lo indiscutible era la presencia en la iglesia, como una realidad viviente y operante desde el principio.

El intento de descubrir el modo de su venida implicaba necesariamente el recurso al lenguaje metafórico (recordemos, por ejemplo, la narración de Pentecostés en Hechos 2). El cuarto evangelio utiliza otra metáfora, procedente del Antiguo Testamento: el Señor “sopló”, lo mismo que con motivo de la creación del hombre (Gn 2,7). El soplo, viento, aliento pueden ser sinónimos de espíritu tanto en la lengua hebrea como en la griega. El don del Espíritu por Jesús a sus discípulos es descrito de la misma forma que el don de la vida que Dios comunicó al ser humano en sus orígenes. Y es que ahora estamos en el origen de una nueva humanidad, ante una nueva creación.

Recuerdo que cuando estudiábamos en el Seminario, a comienzos de la década de 1980 y recibíamos grupos de visita, se nos preguntaba acerca de la influencia de la teología de la liberación en Cuba, y me acuerdo vívidamente que Sergio se refería a nuestro contexto cubano como uno ya liberado y que, por tanto, nuestro paradigma bíblico, más que el del Éxodo —en alusión a la salida de la opresión y esclavitud de Egipto—, era el del Génesis, el de la nueva creación, el de la formación del “hombre nuevo”, entre otros valores; en una época, a mi entender, de cierto triunfalismo y antropocentrismo sostenido por la desaparecida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el campo socialista. Corrían tiempos, además, en que el bloqueo de los Estados Unidos contra nuestro país no se hacía sentir en proporciones tan dramáticas como las que sufrimos hoy por razones que conocemos. Pues al cabo de todos estos años, en la realidad en que nos encontramos en la Cuba de hoy, a duras penas sostenible, en la cual

muchas familias, especialmente de la tercera edad, sobreviven en situación de gran vulnerabilidad, por las causas y consecuencias que todos sabemos, porque las sufrimos, ciertamente tenemos que liberarnos del egoísmo, de la desidia, de la corrupción, del encierro en nosotros mismos, del miedo. Indiscutiblemente, el tema es mucho más complejo, y abarca, entre otros aspectos, el carácter estructural de la sociedad. En otras palabras, para decirlo claramente, a mi juicio, vivimos el momento de la verdad en que el futuro de la propia Revolución, por la que Sergio dedicó su quehacer teológico y su propia vida, está en juego. De ahí que una pregunta crucial en esta hora para las iglesias en particular y para la sociedad en general sería: ¿qué sistema socio-político-económico deseamos mantener, o transformar, o perfeccionar para poder disfrutar la vida plena y justa que tanto necesitamos?

En este contexto se nos aparece el Señor resucitado soplándonos aliento vital, ofreciéndonos la paz y enviándonos por la fuerza del Espíritu a liberar y a cocrear con el Dios de la vida. En este sentido, la Confesión de Fe de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba del año 1977 —de la cual es el propio Sergio uno de sus autores— subraya que “La Iglesia, en sus propios feligreses, vive la acción comunitaria (*koinonia*) del Espíritu Santo que nos hace ‘compañeros’ (*koinonos*) de nuestros semejantes y ‘coadjutores’ de Dios en la Redención humana, cuando tales feligreses se realizan como ecónomos ‘fieles’ ante Dios y sus prójimos” (2.B.06).

Para que aparezca la vida, tiene que ser removida la muerte. El don del Espíritu se comunica como poder contra el pecado. Este fue el poder que Jesús comunicó a sus discípulos y a los sucesores de los Doce. Los textos paralelos que deben ser aducidos como explicativos y aclaratorios nos los ofrece Mateo (16,19; 18,18). Juan reformula las palabras de Jesús (como “llaves”, “atar”, “desatar”) para hacerlas más asequibles al mundo griego, resaltando el poder para perdonar. A propósito, en uno de los textos del leccionario bíblico correspondiente al día de ayer, en Hechos 10,34-43, que narra el discurso de Pedro en la casa del centurión romano Cornelio, se resalta la importancia del testimonio de la resurrección de Cristo para perdonar, un concepto y una acción tan necesarios hoy para promover la paz y la reconciliación hacia una verdadera *koinonia*, saludable y de bienestar en nuestra vida comunitaria.

Indudablemente, nuestro país no es el mismo de cuando estudiamos con Sergio hace más de cuarenta años, cuando nos formábamos para ser pastores y teólogos de una iglesia encerrada en las cuatro paredes de los templos producto del ateísmo de Estado que se nos imponía. Interesantemente, las nuevas generaciones de cristianos y cristianas no vivieron ese tiempo. La situación ha cambiado de manera tal que no solo el Estado espera una contribución de las

iglesias, sino que la situación tan crítica y desafiante en que nos encontramos nos interpela como iglesias. La pregunta es, entonces, ¿cuál es el papel de la formación teológica ecuménica hoy, que es precisamente nuestra razón de ser como seminario teológico?

Hace justamente un par de años, participamos en la presentación del libro *No se puede adorar a dos señores. Antología de textos teológicos*, de Sergio Arce Martínez, y en el mismo aparece el artículo suyo titulado “La formación teológica en una sociedad socialista”, en el que nos muestra “tres premisas teológicas sustentadas por nuestra fe en un Dios trino: creador, reconciliador y santificador”.¹

La primera premisa es que “la formación teológica tiene una estrecha interdependencia con la realidad sociocultural de su contemporaneidad”;² la segunda tiene que ver con “el fermento del reino de Dios [que] cuaja la historia humana”,³ y, finalmente, la teología, que, según Sergio, “no existe para explicitar el fenómeno religioso de la iglesia, sino para transformar la iglesia a la altura de los tiempos que le toca vivir”.⁴ Estos tres puntos nos sirven de aperitivo para nuestras discusiones mañana.

Damos gracias por la fecunda vida de nuestro hermano Sergio Arce Martínez, quien, con sus virtudes y defectos, nos mostró el camino como “enviados por Jesús resucitado para construir la paz”. Continuamos la marcha con él. Amén. ♦

Notas

- 1 Sergio Arce Martínez: “La formación teológica en una sociedad socialista”, en *No se puede adorar a dos señores. Antología de textos teológicos (volumen II)*, comps. Dora Arce Valentín y Reinerio Arce Valentín, Editorial Caminos, La Habana, 2019, p. 128.
- 2 *Ibídem*, p. 129.
- 3 *Ibídem*, p. 134.
- 4 *Ibídem*, p. 139.

Relevancia del pensamiento teológico de Sergio Arce para la misión de las iglesias en el contexto cubano actual

Ary Fernández Albán



Me gustaría comenzar mi presentación agradeciendo al comité organizador de la Jornada Teológica por la invitación a participar. Celebro mucho la iniciativa de la Facultad del Seminario Evangélico de Teología de organizar esta jornada de homenaje y reflexión en torno a la obra —que va más allá de lo estrictamente teológico— de Sergio Arce, en el marco del centenario de su nacimiento. Y digo esto no solo porque considere que Arce es merecedor de ello, tal como hicimos con Rafael Cepeda, sino porque creo que es pertinente y necesario releer y reinterpretar su pensamiento teológico a la luz del actual contexto. A mi juicio, su teología continúa siendo una fuente de inspiración y de interlocución para la misión y la labor teológica de la iglesia cubana en la actualidad. Lo que esta presentación persigue es argumentar dicha afirmación; es decir, en qué sentido el pensamiento teológico de Arce continúa siendo relevante para nosotros hoy.

Hace una década, en un evento similar a este en el que celebramos el nonagésimo aniversario de su nacimiento, fui invitado a presentar una valoración crítica de las contribuciones y el legado teológico de Arce. En aquella ocasión expresé que realizar una

valoración justa de su pensamiento teológico y de sus contribuciones es una tarea difícil por la complejidad que entraña. Supone tomar en consideración la interconexión de múltiples y dinámicos condicionamientos sociales, políticos, económicos, culturales, ideológicos, religiosos, familiares, vocacionales, intelectuales y psicológicos que influyeron en la articulación de un quehacer teológico que comprende más de cuatro décadas.

La encomienda que me han asignado en esta ocasión, aunque diferente, no es tampoco sencilla. La dificultad en este caso viene dada por el hecho de que existen enormes diferencias entre el actual contexto —tanto en lo nacional como en lo internacional— y los contextos y desafíos en los que Arce vivió y enfrentó socialmente, interpretó bíblica y teológicamente, y trató de dar respuesta desde un punto de vista eclesiológico. Aun así, prestando seria atención a este importante aspecto, creo que existen rasgos y ejes temáticos en su teología que siguen teniendo relevancia y que constituyen una fuente de inspiración y una necesaria referencia hoy, no solo para la reconstrucción de la historia del pensamiento teológico protestante cubano, sino también para la articulación en el presente de teologías cubanas intencionalmente contextuales y liberadoras. En lo que sigue, me voy a referir brevemente a algunos de esos rasgos y ejes temáticos que considero de particular importancia en estos tiempos.

Quisiera comenzar haciendo referencia a lo metodológico. En diversos lugares he escrito y dicho que la “teología en Revolución” de Arce significó, desde el comienzo mismo de su desarrollo a mediados de la década de 1970, cuando aún él no la había denominado como tal, una revolución en la manera de hacer teología en Cuba. Desde ese tiempo, Arce mostró un marcado interés en no repetir ahistóricamente formulaciones teológicas clásicas, liberales, o neo-ortodoxas, e interpretar la nueva realidad sociopolítica y económica que se estaba construyendo en Cuba a la luz de las escrituras judeocristianas y de doctrinas esenciales del cristianismo, al mismo tiempo que reinterpretaba dichas doctrinas y textos bíblicos en correspondencia con lo que ocurría en la sociedad y en las iglesias. De esta forma, su método teológico se caracterizaba por una circulación hermenéutica en ambas direcciones entre la fe cristiana y el contexto sociohistórico, en consonancia con otras teologías contextuales y de liberación elaboradas en otras latitudes. Esta circulación hermenéutica como elemento metodológico articulador de su teología, es un componente esencial de su legado y mantiene intacta su vigencia. Ahí radica el carácter contextual de la reflexión teológica y, por tanto, su valor universal.

A este carácter contextual en el principio de su pensamiento teológico, habría que añadir otros rasgos —más allá de la caracterización que él hizo de su teología— que siguen siendo relevantes. Yo destacaría la naturaleza pastoral de

su reflexión; esto es, orientada a clarificar el contenido concreto de la razón de ser de la iglesia, que es su misión, en un contexto dado, y guiar, por tanto, a la iglesia en el cumplimiento de esa misión (ejemplos: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista...*, *Confesión de Fe 1977 de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba*, “Una reacción bíblico-teológica a la apertura actual de Cuba al mundo de hoy”). Obviamente también destaco el lugar preponderante de la Biblia en su reflexión teológica como fuente primaria junto a la realidad social y eclesial para el ejercicio hermenéutico.

Aquí quiero detenerme en otro elemento ordenador de su quehacer teológico muy relacionado con lo anterior. Me refiero a la perspectiva político-económica que guiaba predominantemente su hermenéutica. Esa era la perspectiva o lente a través del cual miraba, interpretaba, analizaba lo que ocurría en la sociedad cubana y en el mundo. Por supuesto, era también el lente que usaba para interpretar la Biblia y para interactuar con diferentes corrientes teológicas. Se pudiera mencionar muchos ejemplos donde eso se constata: su interpretación (elaborada a partir de los profetas bíblicos, del propio Jesús y de Marx) del fetichismo idólatrico que subyace en la lógica de la acumulación de riquezas (capital) con todas sus implicaciones de deshumanización y depredación de los ecosistemas; su crítica teológica a la naturaleza antievangelio del sistema capitalista; su interpretación de conceptos teológicos como la Trinidad, la salvación, la *imago Dei*, el pecado, la evangelización, etc.; su interpretación teológica del bloqueo económico, comercial y financiero de Estados Unidos hacia Cuba; su lectura de la transición histórica de la federación tribal a la monarquía en Israel como marco referencial para reflexionar sobre las implicaciones de la apertura de la economía y la sociedad cubana a mecanismos de mercado durante el primer Período Especial.

Más allá de nuestra concordancia o no con sus interpretaciones, con su postura ideológica y su visión político-económica, en Arce encontramos un pensamiento provocativo que nos inspira y desafía no a repetir, copiar, replicar su visión, sino a reinterpretar teológicamente la realidad socioeconómica y política que estamos viviendo e imaginar escenarios alternativos de solución a la crisis estructural y sistémica que atravesamos. Ello exige un ejercicio de reflexión interdisciplinar en el que, a partir de la fe en el Dios que se revela permanentemente en la historia y en las Escrituras, invitando a transformar lo que debe ser transformado en aras de alcanzar la plenitud de vida que quiere compartir con su creación, exploremos nuevas y más participativas, dinámicas, eficientes y justas formas de organizar la vida social, económica y política en nuestra patria. Creo que eso es algo de lo que la reflexión teológica en Cuba viene careciendo desde hace tiempo. De ahí que el rescate de la perspectiva

político-económica como elemento metodológico del quehacer teológico en Cuba hoy sea tan pertinente y relevante. Y cuando digo esto no estoy hablando de un reduccionismo economicista a la hora de entender lo político-económico, sino de prestar atención seriamente a otras diferencias e inequidades sociales (etnoraciales, geoculturales, de género, generacionales, etc.) que se interconectan con estructuras y relaciones económicas o de clase. De esta forma estaríamos empleando un marco de referencia para el análisis social y la hermenéutica bíblica más amplio y complejo que el que Arce usó, y estaríamos contribuyendo a desarrollar la incipiente orientación decolonial de su pensamiento. Por cierto, este es otro aspecto de su teología a rescatar. Esta incipiente orientación decolonial de su pensamiento se expresa en su marcado antiimperialismo y antineocolonialismo; en la ruptura/desobediencia hermenéutico-metodológica y epistemológica respecto a formas tradicionales y dominantes de hacer teología heredadas por las iglesias cubanas; y a la elaboración de un “nuevo” lenguaje teológico como expresión de esa ruptura.

Resumiendo, yo diría que el legado teológico de Arce nos inspira e invita a que, con honestidad intelectual y con el mayor grado de concreción posible, continuemos construyendo un pensamiento teológico revolucionario (en revolución), no en el sentido de una continuidad, repetición/reproducción acrítica, sino un pensamiento desobediente, indisciplinado, que desafíe posturas y marcos teóricos establecidos en respuesta creativa y liberadora a los contextos sociales y eclesiales en los que vivimos. En ese sentido, rescato tres ejes temáticos de su pensamiento teológico que considero son muy pertinentes y relevantes para los tiempos actuales.

En primer lugar, su comprensión de la misión de la iglesia como testimonio profético evangelizador; esto es, como anuncio de la acción creadora, renovadora, redentora de Dios en la historia. Para Arce la revolución, como fenómeno social, condensa y expresa el método del actuar divino en la historia. Dios es la revolución continua por antonomasia, en tanto promueve, acompaña y bendice la búsqueda permanente de la justicia social, de la felicidad y el bienestar del pueblo, o sea, la plenitud de vida. Uno de los grandes pecados de la iglesia, decía Arce, es el docetismo eclesiológico, que en nuestro caso significa hablar sobre la fe en Dios y desde la fe como si no estuviésemos viviendo en Cuba en 2024. Si así fuese, la iglesia —o las iglesias— estaría ejerciendo una dimisión, lejos de cumplir su misión. Creo que las iglesias están llamadas, como parte del ejercicio de su misión, a participar públicamente en una seria reflexión eclesiológica y misiológica a la luz del actual contexto y de los debates acerca del rediseño y reconstrucción del proyecto de país. Tal reflexión incluye, como un elemento central, una redefinición del tipo de sociedad que queremos construir,

con rasgos identitarios como la prosperidad, la sostenibilidad, la democracia, la inclusión y la justicia social.

En esa redefinición, el trabajo tiene que recuperar su valor como fuente principal de creación de riquezas (bienes y servicios) y como sustento y realización integral de la vida humana. Este es otro eje temático desarrollado por Arce que tiene una vigencia extraordinaria. Me refiero al trabajo como categoría antropoteológica, y al ser humano como ecónomo y cocreador, en cuya capacidad y posibilidad de realizarse como trabajador descansa la realización de su naturaleza a imagen de Dios. Las cubanas y los cubanos no podremos garantizar la satisfacción de necesidades vitales a través de nuestro trabajo, ni alcanzar la plenitud de nuestra humanidad a imagen de Dios, si el nuestro sigue siendo un trabajo alienado y alienante, expresión y resultado de marcos jurídicos y estructuras y relaciones económicas, políticas y sociales obsoletas, ineficientes y, en no pocos casos, injustas.

Se trata, en definitiva, de la reconfiguración de un proyecto de nación “con todos y para el bien de todos”, como soñaba Martí, y a partir de él generaciones de cubanas y cubanos hasta hoy. En ese sentido, me parece crucial hacer una síntesis entre Arce y Cepeda, dos de nuestros más ilustres pensadores en el ámbito protestante cubano. El primero hablaba de la necesidad de reideologizar nuestra fe, recuperando el sentido positivo de la inevitable relación entre fe e ideología. Dado que no hay posibilidad de vivir y practicar una fe sin la mediación de una ideología, es decir, de una particular interpretación de la realidad, urge a las cristianas y cristianos cubanos integrar el mensaje del evangelio de Cristo con la mejor versión utópica de proyecto de nación con la que podemos contar, aquella martiana que prefiguraba las mayores cotas de soberanía, inclusión, justicia social y prosperidad. Me refiero, entonces, a la necesidad de reideologizar la fe en el sentido crístico-martiano que propugnaba y con el que se autodefinía Cepeda.

Mucho más se pudiera decir acerca de la relevancia del legado teológico de Arce para las iglesias cubanas en la actualidad. No obstante, creo que lo apuntado hasta aquí ilustra la vigencia y significación de su pensamiento no solo para las cristianas y los cristianos cubanos, sino también para todas aquellas personas que anhelan y trabajan para construir una sociedad mejor. ♦

Sergio Arce, cien años de presencia creadora

**Vivian M. Sabater
Palenzuela**



Ante todo, le declaro mi agradecimiento a los organizadores de esta emotiva actividad en memoria de alguien a quien siempre le tuve cariño y respeto.

Me invitaba Reinerio Arce a que dijera unas palabras acerca del perfil ideológico-político de la obra de Sergio Arce. No es una tarea difícil develar esa relación en su obra; ello se ha evidenciado durante el desarrollo de este evento, cuando varias de las intervenciones, que no pretendo repetir, de una manera u otra, han referido inevitables nexos entre su teología y su ideología política.

La obra teológica de Sergio Arce se inició en la década de 1940 cuando aún muy joven publicó en *Heraldo Cristiano* “La juventud cristiana y la responsabilidad ciudadana”, donde expuso sus reflexiones sobre el vínculo entre la fe cristiana, la práctica religiosa y la vida política. Desde un inicio la conducta ética siempre estuvo entre sus preocupaciones.

Su etapa estudiantil en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana se desarrolló en medio de las luchas revolucionarias.¹ En el plano congregacional fueron innegables las influencias que tuvieron sobre él las figuras del reverendo

Raúl Fernández Ceballos² y Rafael Cepeda,³ pastores presbiterianos que apoyaron la lucha insurreccional.

Se interesó, entre otras, por novedosas propuestas de teólogos cristianos que representaron en Europa un movimiento teológico con énfasis en el vínculo entre religión, iglesia, teología y política, como Karl Barth, Paul Tillich y Dietrich Bonhoeffer.

El triunfo revolucionario de 1959 le otorgó un nuevo sentido a su interés teológico. Recordemos que en su texto “Teología en Revolución. Esbozo de nuestro quehacer teológico” declaró:

Quando nos dispusimos a teologizar contextual y coyunturalmente desde la particularidad de la vorágine socio-político-económica que estábamos viviendo a partir del 59, nos encontramos confrontados, por un lado, por la circunstancia histórica, inaudita e inédita en lo que se refería a la historia de nuestra Patria, [...] y por el otro, por una circunstancia pastoral y teológica envejecida y gastada en lo que se refería a la Iglesia cubana [...].⁴

Paso a paso y de modo indetenible continuó su preparación y divulgación de sus reflexiones. Ejemplo de ello fue cuando en la Asamblea Nacional de la Iglesia Presbiteriana de 1962 expresó la idea de que toda reflexión teológica debe impulsarse desde la praxis revolucionaria, lo que le implicaba tener que redefinir, en las nuevas circunstancias de Cuba, la misión de la iglesia para así facilitar su inserción en el nuevo condicionamiento social.

Entre 1965 y 1969, a través de sus trabajos, evidencia su constante interés por elaborar una teología contextualizada. Recordemos entre ellos: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista* (1965), “Fundamentos bíblicos para una antropología” (1965),⁵ “Marxismo y cristianismo” (1969) y algunas de sus conferencias publicadas en los círculos teológicos del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, como “Karl Barth y la Palabra de Dios” (1963) y “La doctrina de la justificación según Karl Barth” (1964).

Como muy bien ha indicado la doctora en Ciencias María del Carmen Domínguez Matos, en su tesis doctoral “La teología del reverendo Sergio Arce Martínez como expresión del pensamiento cubano en la revolución”,⁶ su discurso fue desde sus inicios muy controversial. Su propuesta teológica rompía de modo indetenible con toda reflexión tradicionalista y conservadora, develando su intencionalidad política, al reconocer un carácter liberador en el proyecto socialista, sobre el cual con entusiasmo se debatía, a favor y en contra, desde disímiles posiciones. La temática acerca de asumir o no el marxismo

irrumpía, con frecuencia, en medio de acalorados diálogos. Sobre esta etapa inicial Arce comentaba su posición:

No es de extrañar que desde los propios inicios de la década de los 60, asumiéramos al marxismo no solo como lo que es, una crítica al sistema capitalista, algo usual en las teologías políticas y en algunas consideradas apolíticas, si es que estas existen. También lo asumimos como teoría revolucionaria y praxis liberadora.⁷

Y un aspecto muy especialmente herético, entre sus miles de divinas herejías, que hacen que hoy lo recordemos con mucho respeto, son sus reflexiones sobre el ateísmo, algo que podemos leer en su texto *La misión de la iglesia en una sociedad socialista...*:

Desde el punto de vista filosófico el cristiano genuino es un ateo, en eso se parece al marxista. No cree —por lo menos, se espera que no crea— en el Dios inventado por los filósofos. Dios no es el fin de una ecuación filosófica, ni la conclusión lógica de un silogismo. Eso, es un ídolo. [...].

El marxista y el cristiano rechazan los dioses falsos creados por la filosofía idealista.⁸

Fue siempre hacedor y portador de un peculiar discurso sobre la praxis cotidiana; gustaba afirmar que la iglesia estaba “en las calles, las fábricas, los Comité de Defensa de la Revolución, los sindicatos, en el trabajo voluntario”.⁹ Personalmente lo experimentaba: desde 1961 había aceptado cumplir responsabilidades seculares y eclesiales, entre ellas, ser asesor de la Educación Media Superior (1965-1969), vicepresidente de la Conferencia Cristiana por la Paz para América Latina; miembro del Comité de Teología de la Alianza Mundial Reformada en el Caribe y Norteamérica; director del Centro de Información y Estudio Augusto Cotto; rector del Seminario Evangélico de Teología (1969-1984), secretario general de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba (1966-1985) y, finalmente, diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular entre 1998 y 2008.

Como muy acertadamente ha comentado Domínguez Matos, su mensaje fue de optimismo, su fe en el destino del hombre fue inquebrantable, y para ello proponía con osadía que la iglesia debía de

comenzar por destruirse ideológicamente, por destruir proféticamente sus propios ídolos. Mientras la iglesia cubana crea en los ídolos capitalistas y los

adore, crea en la “libre empresa” o en la *American way of life*, no podrá dar su testimonio proféticamente [...] En este sentido, la misión de la iglesia se hará más evidente y clara para nosotros mientras más destruimos nuestros ídolos capitalistas.¹⁰

Uno de los pasajes de su vida que evidentemente marcó en muchos un respeto cuasiinfinito hacia su persona fue cuando en 1965 dictó una conferencia para el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, “Fundamentos bíblicos para una antropología”, donde destacó la importancia que le concede a la solución que puede brindar Cuba al “encuentro del marxismo —aparentemente ateo— y el cristianismo —aparentemente creyente—”,¹¹ y continuó:

Si el marxista-leninista da por sentado dogmáticamente que al decir cristianismo, Biblia, protestantismo, teología, fe, significamos necesariamente metafísica, idealismo, cuando no sea reacción, ideología burguesa, conservadurismo capitalista, contrarrevolución, antihistoricismo o anticencia, creo que poco o nada podremos sacar en claro de positivo y de valor de nuestra conversación de esta noche.¹²

Fernando Martínez Heredia, en su artículo “Sergio Arce, teología y revolución”, recordaba de una manera muy hermosa y emotiva cómo descubrieron a ese teólogo que venía desde Estados Unidos (recordemos que regresó a Cuba a fines de 1961 al terminar sus estudios doctorales) cuando otros se iban hacia allá, y cómo a los jóvenes profesores les impactaron sus reflexiones cuando asistió al Departamento de Filosofía,¹³ ya que expresaba un pensamiento bien fundado y sugerente, que contribuyó a estudiar y profundizar en su crítica al ateísmo y avanzar más en la comprensión de las personas y la sociedad cubana.

Laboró sin descanso a favor de la corriente y a contracorriente, fue un pensador genuino, que no se detuvo ante las dificultades. Ser consecuente con su tiempo implicó estar sometido a fuertes tensiones, a todo tipo de incomprensiones. Recordemos sus textos “El problema de la comunicación del evangelio” (1970), “¿Fieles o traidores?” (1973), “La renovación de la iglesia y su encarnación” (1974), “La teología y el ateísmo contemporáneo” (1975), “Fe cristiana e ideología” (1975), entre otros.

Sus análisis no tenían romper límites establecidos, por una u otra parte o por todas las partes. Sus reflexiones de carácter teológico se caracterizaron por tener como centro de interés al hombre, por analizar la historia como una historia de liberación y por concebir a la iglesia más que como un fin: como un medio que debe coadyuvar a la realización histórica del ser humano. Todo ello lo concibió

desde Cuba a través de una elaboración teórico-práctica comprometida con los desafíos del hombre de hoy.

En 1992, posterior a su participación en el diálogo entre cristianos y marxistas, afirmó:

El marxismo, tal como yo lo concibo, es un instrumento de carácter científico que nos ayuda a analizar la realidad objetiva y una herramienta de carácter revolucionario que nos auxilia en la transformación de esa realidad, de modo que el ser humano puede llegar a serlo integralmente. Que llegado el momento, ¿un ser humano totalmente liberado en una sociedad totalmente liberada, no necesite de la religión institucional, tal como hoy la conocemos, en nuestra alienación? Eso es parte de nuestra esperanza.¹⁴

Quisiera retomar nuevamente la afirmación de que siempre estuvo en medio de agudas tensiones no solo teológicas sino también ideológico-políticas, ante las cuales mantuvo sus criterios, construidos a partir de sus vivencias y de los legados, teológicos y políticos, nacionales e internacionales, que consideraba más valederos. Nunca se detuvo, intentaba conciliación donde creía que se podía, declaraba rupturas cuando consideraba que lo contrario traicionaría sus principios.

Quizás algunos aprecien en él, a partir de ser elegido como diputado a la Asamblea Nacional, un hombre sin contradicciones; pero no fue así, porque estos años de revolución han sido siempre complejos y polémicos; en fin, como toda construcción humana, perfectibles, donde es imposible un clima de total e idílica tranquilidad respecto, entre otras, a la problemática religiosa. Hagamos juntos un poco de historia. En 1959 se redactó la Ley Fundamental de la República, primera medida revolucionaria que amparó el proceso de refundación política. En ella se reproducía básicamente la Constitución de 1940, repitiendo de modo similar la numeración y el contenido del artículo referido al tema de la religión.¹⁵

Se iniciaba la búsqueda de un modelo que superara el capitalismo dependiente cubano y su avance hacia la creación de las bases de un socialismo nacional, proclamado en abril de 1961. Fueron tiempos de una compleja lucha ideológica. Entre 1960 y 1969 se desplegó en Cuba un proyecto masivo de formación política, a través de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria, divulgadoras del marxismo-leninismo (oficial desde 1971), mientras que entre 1966 y 1971, se disolvía un proyecto en el que participó el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, los editores y escritores de la revista *Pensamiento Crítico*.

En 1965 se cambió el nombre del Partido Unido de la Revolución Socialista por el de Partido Comunista de Cuba (PCC)¹⁶ que, siguiendo la tradición de partidos comunistas de entonces, en medio de una ardua batalla de la joven revolución ante una contrarrevolución que intentaba desarticularla (apoyándose, entre otros medios, en algunas instituciones religiosas), obvió la larga historia de luchas independentistas en Cuba —donde se unía todo cubano revolucionario, más allá de sus similitudes o diferencias íntimas respecto a la tenencia o no de creencias religiosas— al establecer como obligación de sus militantes a partir de su militancia atea declarada, el luchar contra el oscurantismo religioso. Por tanto, no aceptaba a religiosos en sus filas.

Quedaban para la historia las palabras de Fidel Castro dichas en 1960, que después de exponer y reflexionar sobre las contradicciones surgidas por parte de la Iglesia católica respecto al naciente proceso revolucionario, le acusa de querer dividir al pueblo y le aclara:

para el Gobierno Revolucionario es una satisfacción poder proclamar el derecho de cualquier ciudadano a practicar cualquier culto religioso; la Revolución no tiene por qué prohibirle a ningún sacerdote que rece, o que predique o que practique su religión, sea católico, sea protestante, sea mahometano o sea de cualquier religión.

[...] nosotros sí creemos que ser anticomunista es ser contrarrevolucionario, como es contrarrevolucionario ser anticatólico, ser antiprotestante y ser anti cualquier cosa que tienda a dividir a los cubanos; sencillamente todo lo que tienda a dividir al pueblo para hacerle juego al imperialismo, es contrarrevolucionario.¹⁷

Lentamente, desde finales de la década de 1960, y con mayor celeridad en la de 1970, se entronizaba, en la práctica cotidiana (de diferentes modos y grados de significación) el ateísmo, sin llegar a ser un estado ateo ya que constitucionalmente siempre se ha admitido la diversidad de formas de existencia de las creencias religiosas, instituciones y modos de culto, y no se atentó directamente contra la estructura material de sus instituciones, ni se ejecutó la quema de libros sagrados, la prohibición total de las prácticas religiosas, así como sus festividades (incluso a nivel familiar). En fin, que no llegamos a ser copia ni del gobierno de Stalin ni de la República Popular de Albania, aunque se adoptó una ideología antiteísta, antirreligiosa, anticlerical, promotora de posturas irreligiosas, ya no a nivel de todos los ciudadanos, pero sí de la membresía de sus más importantes instituciones políticas.

En el I Congreso del Partido Comunista de Cuba, en 1975, en su acápite “Sobre la política en relación con la religión, la Iglesia y los creyentes”, se declaraba el reconocimiento de la libertad de conciencia, la laicidad del Estado, el derecho ciudadano de profesar o no creencias religiosas, pero —y este es un pero que alerta—, a su vez, afirmaba de modo general que “la religión era un reflejo tergiversado de la realidad”, y por ello al referirse al papel social de la misma le atribuía un rol invariablemente conservador, algo que evidentemente contrastaba con la propia historia independentista y revolucionaria cubana de los siglos XIX y XX. Recordemos que el padre Varela, el joven profesor del Seminario San Carlos y San Ambrosio capaz de escribir, entre otros textos, un libro como *Lecciones de filosofía* (que en el lapso de veinte años fue reeditado cincuenta veces para bien de los cubanos de la época), desde la primera mitad del siglo XIX fundamentaba la justa aspiración de Cuba por lograr su independencia de España, así como su constitución como nación republicana acompañada de la abolición de la esclavitud y la necesidad de disfrutar de una enseñanza moderna. Literalmente saltando en el tiempo, tenemos el ejemplo, entre otros muchos, del sacerdote Guillermo Isaías Sardiñas, que se unió al Movimiento 26 de Julio y partió a la Sierra Maestra en 1957, quien por su actitud revolucionaria obtuvo los grados de comandante que ostentaba sobre su peculiar sotana verde olivo, diseñada por Camilo Cienfuegos.

La Constitución aprobada en 1976, primera de carácter socialista del hemisferio occidental,¹⁸ en su artículo 54 expresaba: “El Estado socialista, que basa su educación y educa al pueblo en la concepción científica materialista del universo, reconoce y garantiza la libertad de conciencia, el derecho de cada uno a profesar cualquier creencia religiosa y a practicar, dentro del respeto a la ley, el culto de su preferencia”. Casi paralelamente, el II Congreso del PCC (1980) ratificaba lo estipulado en el I Congreso, declarando además estar a favor de la unidad entre cristianos revolucionarios y marxistas, sin llegar a proponer la necesaria unidad entre revolucionarios, es decir, entre revolucionarios religiosos de la más variada índole y revolucionarios ateos, que no necesariamente estaban comprometidos con el marxismo, sobre todo con su interpretación en esos años.

Fueron tiempos en que se constatan afirmaciones y valoraciones contrapuestas. Por ejemplo, en los primeros estatutos del PCC se exponía en el artículo 15, epígrafe D, entre otros aspectos, “luchar contra las supersticiones religiosas y otras reminiscencias ideológicas negativas del pasado”, mientras que en los nacientes estatutos de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) se planteaba, en el artículo 10 epígrafe E, “oponer las verdades científicas a las supersticiones de todo tipo, entre ellas, a las creencias religiosas y a otras reminiscencias ideológicas del pasado”.

Esto significó, lamentablemente, no solo el rechazo a que integraran sus filas partidistas, tanto en el PCC como en la UJC, ciudadanos creyentes relacionados con actitudes contrarrevolucionarias, sino cualquier ciudadano que profesara cualquier creencia religiosa, al valorar erróneamente de modo absoluto que toda concepción religiosa impedía la comprensión científica y revolucionaria de la realidad.

La decisión partidista de no aceptación del creyente a una organización política que se conceptúa como la vanguardia revolucionaria, generó en la práctica prejuicios respecto a la religión y los creyentes, mostrando un erróneo patrón que implicó en múltiples ocasiones, de modo violatorio (no siempre denunciado por el afectado que a veces desconocía sus propios derechos constitucionales), limitaciones de aceptación de religiosos en algunas funciones estatales, carreras universitarias, entre otras.

El III Congreso del PCC se celebró en 1986. En este se declararon avances en la consolidación de la conciencia revolucionaria y logros en el plan del quinquenio. Pero igualmente se fue crítico con errores y se reconoció la necesidad de priorizar las tareas de preparación para la defensa y el fortalecimiento del papel de las organizaciones de masas. Se iniciaba en todos los sectores el análisis de rectificación de errores y tendencias negativas, para mejorar la eficiencia y avance de la construcción socialista. El informe presentado hizo referencia a temas económicos, a ciencia y técnica, a temas culturales, al deporte, al quinquenio 1986-1990, a la estrategia de desarrollo hasta el año 2000, a las Fuerzas Armadas, al PCC y la UJC, sin derivar a reflexiones de interés directo para este texto.

Posteriormente y como algo novedoso, el IV Congreso del PCC (1991) dispuso que el ingreso al Partido dependiese de la ejemplaridad, sin que mediase ningún tipo de discriminación, incluyendo la tenencia o no de creencias religiosas. Respecto a esta significativa decisión, es fundamental recordar, entre otros factores, las investigaciones realizadas por el Departamento de Estudios Sociorreligiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, que develaron el alto porcentaje de ciudadanos cubanos no ateos y la lealtad a la Patria de religiosos revolucionarios que en medio de tantas tensiones decidieron no abandonar el país e intervenir creadoramente en la construcción social desde diferentes modos y posibilidades.

Sergio Arce continuaba indeteniblemente su tarea teológica revolucionaria, yo diría —en buen cubano— contra viento y marea, reflexionando, creando, divulgando su sentir y actuar como cristiano revolucionario. No cejó ante ninguna dificultad. Su teología de la revolución implicó asumir la existencia

de una teología inherente a la Revolución, síntesis reflexiva novedosa y comprometida con su tiempo.

En Cuba, hombres de sabiduría excepcional, desde posiciones constructivas y guiadas por el sentido patrio y el deber revolucionario, incursionaron ayer e incursionan hoy a partir de una reflexión teológica nacida desde el centro mismo de nuestras realidades sociales, como lo son quienes nos acompañan y honran este evento: el teólogo Adolfo Ham y nuestro querido e incansable luchador, el reverendo Raúl Suárez, entre otros que no dejan morir su actitud revolucionaria ni traicionar sus fundamentos teológicos humanitarios.

A nuestro querido Sergio Arce, a los anteriormente mencionados y a los otros muchos que quedan sin mencionar en estas líneas, debemos siempre estar agradecidos. ♦

Notas

- 1 Tal vez el contexto y sus inquietudes como cristiano expliquen por qué decidió presentar en la década de 1950, en la Facultad de Filosofía y Letras, su tesis sobre la figura de Martín Lutero como reformador cristiano.
- 2 El pastor Fernández Ceballos apoyó al Movimiento 26 de Julio en la capital y fue uno de los más cercanos colaboradores de Faustino Pérez.
- 3 Miembro del Comité que dirigió la resistencia en la ciudad de Matanzas.
- 4 Sergio Arce Martínez: “Teología en Revolución. Esbozo de nuestro quehacer teológico” [mimeografiado], Varadero, 1995, p. 3.
- 5 Sergio Arce Martínez: “Fundamentos bíblicos para una antropología”, en *Teología en Revolución*, vol. 1, Centro de Información y Estudios Augusto Cotto, Matanzas, 1988, pp. 25-48.
- 6 Discutida en 2014.
- 7 Sergio Arce Martínez: “Teología en Revolución. Esbozo de nuestro quehacer teológico”, ed. cit. p. 7.
- 8 Sergio Arce Martínez: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista. Un análisis teológico de la vocación de la iglesia cubana en el día de hoy*, Editorial Caminos, La Habana, 2004, pp. 46-47.
- 9 Sergio Arce Martínez: “Teología en Revolución. Esbozo de nuestro quehacer teológico”, ed. cit., p. 4.
- 10 Sergio Arce Martínez: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista...*, ed. cit. p. 38.
- 11 Sergio Arce Martínez: “Fundamentos bíblicos para una antropología”, ed. cit., p. 25.
- 12 *Ibidem*, p. 30.
- 13 “El grupo al que pertenecía no podía aceptar el llamado ateísmo científico [...]. Éramos marxistas, pero veíamos los graves problemas que padecía el marxismo y la necesidad de integrarlo al tronco de Cuba en revolución, en el sentido de la imagen martiana. Al mismo tiempo, condenábamos la colaboración con la contrarrevolución y con el imperialismo de tantas jerarquías religiosas, la historia negra de la Iglesia

como institución en tantos momentos históricos y el signo conservador que a nuestro juicio tenían tantas creencias dentro de las religiones. [...] las ideas de Sergio Arce fueron un aporte decisivo en aquel campo, en el que estábamos siendo muy activos, y nos estimularon mucho a estudiar y profundizar. Sergio contribuyó a que nuestro grupo, al que la Reforma Universitaria le había encargado la docencia del marxismo, hiciera más capaz su crítica al ateísmo y avanzara un poco más en la comprensión de las personas y la sociedad cubanas”. (Fernando Martínez Heredia: “Sergio Arce, teología y revolución”, *Caminos*, no. 52, La Habana, 2009, pp.41-42).

- 14 Sergio Arce Martínez: “Marxismo y cristianismo”, *Cuadernos de Estudio*, vol. 1, no. 2, Matanzas, abr., 1992, pp. 9-10.
- 15 En la Constitución de 1940 de la República de Cuba, artículo 10 inciso a, destaca, entre los derechos ciudadanos, “residir en su patria sin que sea objeto de discriminación ni extorsión alguna, no importa cuáles sean su raza, clase, opiniones políticas o creencias religiosas”, y el artículo 20 estableció que “Todos los cubanos son iguales ante la Ley. La República no reconoce fueros ni privilegios. Se declara ilegal y punible toda discriminación por motivo de sexo, raza, color o clase, y cualquier otra lesiva a la dignidad humana”. (No explicita lo religioso).
- 16 El 16 de agosto de 1925 quedó constituido el primer Partido Comunista de Cuba. En su fundación estuvo Carlos Baliño López, quien acompañó a José Martí en la constitución del Partido Revolucionario Cubano, y Julio Antonio Mella. El secretario general electo, José Miguel Pérez, fue deportado, con el pretexto de ser español. Esta organización cambió varias veces de nombre, para evadir la persecución y las prohibiciones impuestas. Posteriormente, Fidel se consagró a alcanzar la unidad entre las tres fuerzas revolucionarias que habían combatido a la dictadura: el Partido Socialista Popular (PSP, denominación asumida en ese momento por el antiguo Partido Comunista), el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio. El Secretariado del Comité Central tomó el acuerdo, en 1973, de considerar el 3 de octubre de 1965 como fecha oficial de fundación del PCC. Otra proposición finalmente aceptada fue la del 16 de abril de 1961, día en que fue proclamado el carácter socialista de la Revolución.
- 17 Discurso en la clausura de la Plenaria Nacional de Círculos Sociales, 16 de diciembre de 1960, (www.fidelcastro.cu)
- 18 Se le aplicaron tres reformas constitucionales (1978, 1992 y 2002). Fue el primer texto constitucional cubano que hizo alusión directa a José Martí y que, a su vez, declaró la filiación del texto a la doctrina marxista-leninista y enunció al PCC como la vanguardia marxista-leninista.

Presencia y significado de Sergio Arce Martínez

Adolfo Ham Reyes



Muchas gracias por esta oportunidad de rendirle homenaje a este valioso compañero de nuestras luchas, y que todavía sigue entre nosotros. Espero que ya se haya publicado la necesaria biografía. Advierto que mis puntos se entrelazan.

Quisiera comenzar relatándoles cómo conocí a Sergio. En el año 1965, dejé el rectorado del Seminario Bautista de Cuba Oriental, en Santiago de Cuba, para ocupar el cargo de secretario ejecutivo, a tiempo completo, del Consejo de Iglesias Evangélicas de Cuba. Al trasladarme a La Habana pude comenzar de profesor de Ética y Filosofía en el Seminario Evangélico de Teología (SET). En 1970 se me preguntó si pensaba regresar a mi iglesia, y dije que sí, y renuncié al último año de secretario del Consejo. Sin embargo, cuando regresé a Santiago, mis antiguos jefes de la obra dijeron “que no habría trabajo para mí”, cosa que se oponía a la práctica bautista, y no quise discutirlo en la Asamblea de la Convención Bautista de Cuba Oriental, pensando que, si no se me quería por allá, debía buscar un nuevo trabajo en otro lugar. ¡Allá se dice por algunos líderes bautistas orientales que habían “sembrado una mala yerba que no

habían podido arrancar todavía”! Ante esta eventualidad, Sergio me brindó su más absoluta ayuda, y solicité también la entrada a la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba (IPRC). Sergio me preguntó: “¿Usted ha sido ordenado dentro de la iglesia católica?”, y le conteste que sí, y me dijo “aceptamos su ordenación como válida”, lo que muestra su gran espíritu ecuménico. Así vine para Matanzas, y pronto fui el decano del Seminario Evangélico de Teología (SET) cuando Sergio era el rector. También Sergio recibió como administrador del SET a Raimundo García, que había sido formado por nosotros en el Seminario Bautista de Cuba Oriental.

La ética es más decisiva que la doctrina

Sabemos que las cartas de san Pablo constan siempre de dos partes: una primera, de contenido doctrinal, teológico, y una segunda, de aplicación ética de esos principios. Sin embargo, comúnmente pensamos que la sección doctrinal es la más importante y urgente. Pero el apóstol estimaba —con razón y sentido pragmático— de qué sirven esas grandes doctrinas si no se traducen en formas de vida más evangélicas, porque en definitiva la teología es para vivirla, y Sergio en esta dimensión es un perfecto ejemplo. Porque para él la ética siempre fue más importante que la teología.

Su significación académica

Sergio fue rector del Seminario de Matanzas entre 1969 y 1984. Sabemos que llegó al SET en una época muy crítica, pocos años después del rectorado del fundador, el doctor Alfonso Rodríguez Hidalgo, quien había sido simpatizante del gobierno de Batista y se marchó un tiempo después del triunfo de la Revolución y del Movimiento 26 de Julio. Se desconocía el futuro del país, de las iglesias y del Seminario. Bajo la hábil dirección de Arce, el SET logró consolidar su razón de ser en el Consejo (recuérdese que el SET se vio como producto del antiguo Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas), y estrechó relaciones con las iglesias, con el Gobierno Revolucionario y con las instituciones culturales de la ciudad. También durante su rectorado se celebraron diversas jornadas acerca de la teología de la liberación, y las jornadas Camilo Torres, en memoria de Camilo Torres Restrepo, sacerdote colombiano guerrillero, quien vivió entre 1929 y 1966.

Su significación teológica

Sugeriría que revisáramos la colección de sus libros publicados, y escritos todavía desafortunadamente inéditos, que nos van a dar una idea bastante

completa de su horizonte teológico. Pero para mí, sus dos trabajos teológicos más importantes y originales son la Confesión de fe de 1977, de la Iglesia Presbiteriana-Reformada de Cuba, y “El bloqueo de Estados Unidos contra Cuba: una aproximación desde la perspectiva de la teología cubana”.

Después de la autonomía de la IPRC, en enero de 1967, y de haber aceptado como *Libro de Confesiones* el de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos de América, y siendo práctica de las iglesias reformadas regionales o nacionales tener sus propias confesiones de fe (“deben ser geográficamente limitadas y temporales”), la Asamblea General estimó pertinente y necesario nombrar un comité que redactara dicha confesión de fe, pidiéndole al doctor Sergio Arce que trabajara en su fundamentación bíblico-teológica y en ideas para su estructuración, a través de tres criterios fundamentales: a) el antropocéntrico: el ser humano como centro, como “ecónomo”; b) la historia siempre debe ser de y para liberación y salvación de la humanidad, y c) el eclesiocéntrico, mediante el cual la iglesia no debe ser un fin en sí misma, sino un instrumento de liberación.

Al enfatizar el carácter relativo y contextual de toda confesión de fe, nuestra Iglesia debía reconocer también las antiguas confesiones: el Credo de los Apóstoles, el Credo de Nicea, el Catecismo de Heidelberg y la Confesión de Barmen. Era importante y necesario, también, que la IPRC sustentara su posición frente a los problemas del mundo contemporáneo y las cuestiones nacionales. Esto se expresa explícitamente en el Prefacio de la Confesión (“La IPRC confiesa su fe al ofrecer este testimonio del significado que tiene hoy para la iglesia en Cuba el Evangelio de Jesucristo”), en las conclusiones, así como en el aparato bíblico-teológico.

Se designó una comisión que estudiara y redactara la confesión, integrada por los presbíteros pastores Francisco Norniella, Carlos Camps, Sergio Arce y Adolfo Ham, así como la presbítera gobernante Lois Kroehler. La comisión usó como base el ensayo de Karl Barth “Posibilidad de un credo universal reformado”, en la versión publicada en la revista *Theology and Church*.

Su otro trabajo notable es el ensayo “El bloqueo de Estados Unidos contra Cuba...”. En 1985 hubo en La Habana una importante reunión entre dirigentes del Consejo de Iglesias de la Florida y del entonces Consejo Ecuménico de Cuba, que tristemente no se volvió a efectuar, aunque quedaron tareas por realizar. Se trató de un acercamiento entre ambas instituciones y de un cuestionamiento al bloqueo impuesto injustamente contra Cuba por el Gobierno estadounidense. Es aquí donde Sergio Arce presenta la ponencia central de la reunión. Para él, hay dos razones fundamentales que muestran su significación: 1) reivindicar la actualidad de una teología que tiene una aplicación directa a un problema socio-político-económico que afecta al pueblo cubano. Sergio relaciona

las afirmaciones del Credo de los Apóstoles que demuestran la “herejía” del bloqueo con sus consecuencias sociales. Así se deducen las tres afirmaciones teológicas fundamentales de la fe cristiana, aparentemente abstractas y teóricas, como son: a) Creo en Dios Padre, b) Creo en Jesucristo su Hijo y c) Creo en el Espíritu Santo; y 2) enfatizar el carácter anticubano y antivida de esta política norteamericana. Para nuestro autor “creer en Dios Padre” implica la fraternidad y sororidad de todos los seres humanos, y este bloqueo “niega la fe en un Padre común con todos”. Así nos afirma Arce: “Creer en Dios no es creer en cualquier dios, sino luchar por creer en el Dios de los pobres, los débiles, los oprimidos”. “Creer en Jesucristo su Hijo”, implica que “Jesucristo es nuestro Hermano Mayor, que no solo es Dios para nosotros y por nosotros, como seres humanos para nosotros mismos y por nosotros mismos”. “Creo en el Espíritu Santo”, significa que no se puede creer en cualquier espíritu, o cualquier santidad, sino luchar por creer en el Espíritu “que fecunda al pueblo con solidaridad pariendo a la iglesia en la historia, y propiciando la liberación”. El bloqueo tiene carácter antiteológico y antievangélico. De acuerdo con el salmo 140, Dios es quien hace justicia al agraviado. También Arce hizo mucho para que el contenido de la teología en el SET reflejara lo mejor del pensamiento y la praxis martiana antiimperialista, y la mejor teología latinoamericana de liberación.

Su significación político-revolucionaria

Para mí es importante no solo el hecho de que Sergio Arce participó en el desarrollo del Movimiento 26 de Julio, sino conocer a los evangélicos y cristianos que habían participado también en esa gestación revolucionaria, para destruir el mito, luego defendido por los soviéticos ateos, de que la religión es *per se* contrarrevolucionaria. La teología de Arce quiere demostrar que la fe es, en sí misma, revolucionaria.

También fue para mí muy importante demostrar que la obra de Marx y Engels, en su justa interpretación, es muy revolucionaria y no simplemente atea; que, por tanto, tiene que entender y estimular que cualquier esfuerzo/lucha en favor de la paz y la justicia es trascendental. De manera que Arce luchó en dos frentes: contra la interpretación simplista de Marx y Engels como ateos (entre ellos, líderes del proceso revolucionario), y con los “reaccionarios” en las iglesias que habían tergiversado la esencia de la fe bíblica, considerando a Marx y Engels diabólicos.

Sergio organizó en Cuba la Conferencia Cristiana por la Paz (CCP), en la que él tenía cargos importantes. Le agradezco que me haya enrolado, aunque no tuve cargos. La CCP fue creada en Praga en 1958 por Josef

L. Hromádka. Empezaron a sumarse personalidades ecuménicas como el arzobispo ortodoxo de Járkov (Ucrania), Nikodim, el cuáquero Richard K. Ullmann, Martin Niemöller, Heinrich Vogel, Emil Fuchs y Werner Schmauch. Luego las asambleas generales fueron creciendo. Para mí, su importancia radicó en defender el estudio y la acción por la paz en el período de la Guerra Fría contra Rusia (circunstancia que se repite ahora). Empezaron a pertenecer representantes del tercer mundo, que crearon filiales en África, Asia y Latinoamérica. En América Latina, los teólogos de la liberación pertenecieron. La CCP expresó su solidaridad con el pueblo de Vietnam, denunció el neocolonialismo y las potencias imperialistas del momento. Algunos funcionarios del Consejo Mundial de Iglesias también se afiliaron. Mi impresión —que no he podido confirmar— es que con la caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, y la desintegración del poder soviético, ya no había razón para su existencia, y me pregunto si hoy no existen circunstancias análogas. Nosotros los cubanos tenemos que agradecer su solidaridad, porque solo podíamos volar a otros países a través de Praga.

No podemos asumir la significación de Sergio Arce si desconocemos a su compañera Dora Valentín (1925-1992), quien estuvo siempre con él en todas sus ideas y posturas. Para ella también nuestro tributo agradecido. ♦

Hacer teología con la vida

Ofelia Ortega Suárez



Voy a leer el texto bíblico de 1 Corintios 1,22-23. Lo he escogido para mi reflexión cuando recordamos en este encuentro la vida y la obra del reverendo doctor Sergio Arce Martínez.

Los judíos piden señales, y los griegos van tras la sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, que para los judíos es ciertamente un tropezadero, y para los no judíos, una locura, pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es Poder de Dios, y Sabiduría de Dios.

Hay varias palabras claves en este texto: sabiduría, señales, locura, poder.

Casi siempre, cuando se habla de Sergio Arce se mencionan sus obras teológicas magistrales, especialmente algunas de las primeras: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista* (1965) y *Teología en Revolución* (1988). Yo he podido vivir la experiencia de su rectorado en el Seminario Evangélico de Teología, y pude constatar en mis contactos con Arce, cómo experiencias aparentemente negativas pueden transformarse en acciones revolucionarias inéditas que hacen historia.

Considero que Sergio hizo teología con la vida porque para ser un buen teólogo o

filósofo, o líder laico de las iglesias, lo más importante es la “historia de vida” de los que el texto leído menciona como “los llamados a la fe”.

La locura de Dios sobrepasa a la sabiduría humana

Evidentemente, Sergio Arce fue un “llamado a la fe”: tomó esa fe como una locura de vida, que hoy deseamos recordar en sus varias facetas: como esposo y padre, pastor, profesor y rector del Seminario Evangélico de Teología en Matanzas, líder de la Iglesia presbiteriana cubana, líder de la iglesia a nivel regional e internacional; exponente, en sí mismo, de un patriotismo incansable y un amor inquebrantable por la justicia y la paz.

Entre nosotros, a veces, surgen seres iluminados, aparentemente utópicos, soñadores, visionarios; Sergio fue uno de ellos. Se trata de personas valientes, atrevidas; muy temidas, porque no tienen miedo a la verdad. Son profetas imprudentes, alocados; sí, un poco locos, porque las locuras de Dios, como dice el texto de 1 de Corintios, sobrepasan la sabiduría humana.

Creo que fue su fe en Cristo lo que le invitó a hacer locuras; él fue un descabellado utópico por el reinado de Dios y su justicia. Recordemos que Jesús de Nazaret también fue llamado loco. En Marcos 3,31 su familia quería llevárselo lejos, porque decían: “está fuera de sí”. Para otros, su locura era “posesión de los demonios”. ¡Bendita locura! Herodes lo trató también como loco y, burlándose de él, lo llamó “rey de los judíos”. Esa es la locura divina de la cruz y la sabiduría de Dios.

Dora Valentín, compañera fiel que sostuvo su vida

Después de realizar estudios teológicos básicos en Puerto Rico, regresó a Cuba con una puertorriqueña, Dora Valentín. No tuvo temor de las relaciones interculturales, ni siquiera de casarse con una mujer que era Mujer Cristiana con mayúscula; sí, mujer como la de Proverbios 31, fuerte e incansable luchadora. Algunos hombres tendrían temor de enamorarse de una mujer con tales características. Arce la escogió a propósito.

Deseamos también expresar nuestra gratitud a la compañera de Sergio Arce, Nancyra Gómez, presente en este acto de recordación de la vida de Sergio, quien lo acompañó en los momentos de grandes tristezas y procesos de recuperación, caminando valerosamente a su lado hasta el final de sus días.

Arce como educador y rector del Seminario

Sergio regresó al país en 1961, después de realizar estudios teológicos de posgrado en los Estados Unidos, cuando muchos pastores y laicos se marchaban.

Pero regresó con un gran entusiasmo para trabajar por la misión de la iglesia en Cuba y con una visión profética. Fue rector del Seminario de 1969 a 1984, en una etapa donde las aulas estaban vacías de estudiantes; pero no se desanimó. Yo lo veía y recordaba el famoso poema “Con tantos palos que te dio la vida” del poeta Fayad Jamis:

Con tantos palos que te dio la vida
y aún sigues dándole a la vida sueños.
Eres un loco que jamás se cansa
de abrir ventanas y sembrar luceros.
Con tantos palos que te dio la noche,
tanta crueldad, y frío y tanto miedo.
Eres un loco de mirada triste
que solo sabe amar con todo el pecho,
fabricar papalotes y poemas
y otras patrañas que se lleva el viento.
Eres un simple hombre alucinado,
entre calles, talleres y recuerdos.
Eres un pobre loco de esperanzas
que siente como nace un mundo nuevo.
Con tantos palos que te dio la vida
y no te cansas de decir “te quiero”.

Así, el seminario de aulas vacías se convirtió en una verdadera locura de fe en la década de 1970, cuando recibió a los que luchaban en América Latina por la liberación de sus países. Llegaban quienes, después, fueron mártires de la fe: Augusto Cotto, Mauricio López y muchos otros. El Seminario los acogió y, movidos por la esperanza, regresaron a Brasil, Chile, Uruguay, Argentina, con la seguridad de que los cambios se producirían para el bien común de los pueblos.

Podemos caracterizar el rectorado de Arce como aquel que abrió las puertas de Cuba a todo el sufrimiento de los líderes religiosos y de otras fes. Las conversaciones teológicas, las liturgias y las alianzas que se suscitaron, crearon redes de apoyo y pudieron ensanchar los procesos históricos de lucha sostenidos por la fe en la justicia del Dios liberador.

En 1 Corintios 1,22-23 se dice que la predicación del Cristo crucificado puede ser locura, pero esa locura tiene siempre la seguridad del poder y la sabiduría de Dios.

Algunos énfasis de su teología

La práctica social del amor eficaz nos sirvió de inspiración durante las jornadas Camilo Torres, organizadas entre 1971 y 1983. En estas jornadas en memoria del sacerdote guerrillero, se desarrolló la reflexión teológica de una eclesiología kenótica y una hermenéutica encarnacional. Este proceso nos ayudó a desarrollar un pensamiento teológico cubano contextual y radical.

La teología del desierto fue el principal paradigma bíblico enunciado y compartido por el profesorado del Seminario Evangélico de Teología, con la compañía siempre fiel del profeta mayor, Sergio Arce. En la década de 1970 y principios de los años 80, esa reflexión bíblica del desierto fue nuestra inspiración, ayudándonos a vivir como peregrinos, avanzando sin temor en la nueva situación social, en contraste con la teología del éxodo, asumida por la teología de la liberación en América Latina.

En el desierto aprendimos a vivir dependiendo de la gracia de Dios y logramos aprender a vivir la teología de la esperanza. En el desierto recuperamos la función profética. Se afirmó que todo el pueblo de Dios puede ejercer la función profética en el lugar social donde Dios le ha colocado. Aceptamos esa función social. También recuperamos la importancia de la teología del laicado.

Fue importante en esta etapa la relación entre teología y economía. La relación de los asuntos ecológicos y el concepto bíblico del trabajo fue un énfasis especial en la Confesión de Fe de la Iglesia Presbiteriana-Reformada, organizada bajo la dirección de Sergio en 1977.

La Conferencia Cristiana por la Paz fue otro frente en el que se empeñó junto a Dora: llevó a países de Europa oriental y América Latina una nueva visión de cómo lograr la edificación de la paz mediante relaciones internacionales plenas de justicia y equidad.

Para mí, hay dos palabras centrales al aludir a los años de su ministerio: aceptación y acogida. Sergio confiaba en la juventud. Esa también fue mi experiencia, cuando a los veintitrés años de edad propuso mi nombre para dirigir la Agencia de Programa y Trabajo de la Iglesia presbiteriana en el nivel nacional. Yo estaba asustada, tenía bajo mi dirección a los diez “tanques pensantes” del presbiterianismo cubano. A lo largo de veintiséis años realicé esa labor, sin impedimentos y con la plena colaboración de la dirección de la Iglesia presbiteriana. Creo que los frutos del Espíritu Santo ejercían una influencia directa en nuestras acciones colegiadas.

Fui su estudiante en el área de Teología durante los años 1965 y 1966. Comprendí que la educación cristiana no era suficiente para la formación de nuestras congregaciones, y Arce me aceptó como su discípula. Teníamos que

leer cien páginas semanales de la excelente bibliografía que nos facilitaba. Nos animaba a tener una lectura crítica de los textos, que incluía hasta los breves comentarios al pie de cada página de los libros asignados. Yo viajaba desde Cárdenas, donde trabajaba como obrera comisionada, a recibir sus clases en Matanzas. Él preparaba sus textos, pero siempre hablaba mucho más y yo tomaba cada palabra en mis notas de clase. Creo que él se dio cuenta porque me dijo: “No tienes que hacerme trabajo final, solamente entrégame tus libretas al terminar el curso”.

Siempre nos llenaba de sorpresas imprevisibles; por eso no me extrañó mucho cuando me dijo un día: “Ya terminaste los cursos de teología, ahora podemos ordenarte al ministerio cristiano”. A veces pienso cuánto han tenido que luchar las mujeres en sus iglesias para ser ordenadas al ministerio sacramental. Creo que he sido muy bendecida al vivir bajo una dirección tan acogedora de la vocación de la mujer cristiana. Le pregunté: “¿Cuándo serán los exámenes de ordenación? Me contestó: “Ningún examen. Cómprate un lindo vestido para ese día”. Creo que soy la única pastora presbiteriana cubana que nunca pasó un examen de ordenación.

Este alocado teólogo llamado Sergio Arce también se atrevió a comenzar el proceso de tener una confesión propia de nuestra fe reformada en 1977. Y se atrevió, además, a ejercer la teología pública de que tanto hablan hoy teólogas y teólogos contemporáneos, y que él practicó admirablemente en el parlamento cubano y en la región rural de Perico, provincia de Matanzas.

Necesitamos hoy una teología que nos haga soñar como la profecía de Joel 2,28, y que nos impulse a hacer realidad los sueños enloquecedores, la fe-confianza, la esperanza, la ternura y el amor.

Quisiera terminar con una oración que dedico a su memoria:

Dios mío: envíanos algunos locos,
 nos hacen falta locos,
 de los que se comprometen a fondo,
 de los que se olvidan de sí mismos,
 de los que aman con algo más que con palabras.
 Danos locos,
 chiflados,
 apasionados,
 danos locos, locos del presente,
 enamorados de una forma de vida sencilla,
 amantes de la paz, enamorados del amor,
 liberadores de angustias,
 capaces de aceptar cualquier tarea,

de acudir donde sea más necesario,
espontáneos y tenaces,
dulces y fuertes.
Danos locos, Señor, danos locos,
locos que tengan sueños y deseen hacerlos realidad,
enloquecidos por la fe, la esperanza, la ternura y el amor. ♦

Viene de la página 2

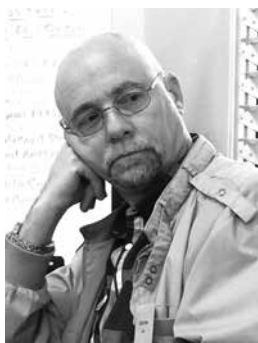
OFELIA ORTEGA SUÁREZ. Teóloga, profesora y pastora presbiteriana-reformada cubana. Bachiller y máster en Teología por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, y doctora en Ministerio por el San Francisco Theological Seminary, de California. Entre 1985 y 1997, laboró en el Consejo Mundial de Iglesias (CMI) como profesora de Teología en el Instituto Ecuménico de Bossey y como secretaria ejecutiva para América Latina y el Caribe del Programa de Educación Teológica. Fue, además, vicepresidenta de la Alianza Reformada Mundial (2004-2010) y presidenta del CMI en América Latina y el Caribe (2006-2013). Actualmente dirige el Instituto Cristiano de Estudios sobre Género. Es autora de *Soñar, luchar, vivir: una teología desde la praxis y la visión de una mujer cubana* (2020).

MANUEL QUINTERO PÉREZ. Ingeniero y periodista. Presbítero diaconal de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Entre otras responsabilidades ecuménicas, ha sido director de Comunicaciones del Consejo Latinoamericano de Iglesias y coordinador internacional del Programa Ecuménico de Acompañamiento en Palestina e Israel del Consejo Mundial de Iglesias. Es autor, entre otros libros, de *Pasión y compromiso con el reino de Dios: el testimonio ecuménico de Emilio Castro* (2007) y *Alborada de esperanza. Federico Pagura: vida y testimonio de un profeta latinoamericano* (2012).

DANIEL MONTOYA ROSALES. Profesor del Departamento de Teología Práctica del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Pastor jubilado de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Ejerció su ministerio en iglesias bautistas durante los años en que laboró en la Convención Bautista de Cuba Oriental.

Arce, educador

Carlos Emilio Ham Stanard



Me gustaría hacer mi presentación comentando el artículo “La formación teológica en una sociedad socialista”, el cual, como veremos, tiene una gran relevancia para nuestro trabajo en la Cuba de hoy. El autor entiende que “el quehacer teológico es una tarea de la iglesia, en la iglesia y para la iglesia. Es un quehacer comunitario a través del cual la iglesia autoanaliza objetiva y científicamente el mensaje evangélico de fe, esperanza y amor que en un momento determinado y concreto de la historia y de la geografía humanas, la iglesia ‘comunica’ a su mundo”.¹ Y resalta “tres premisas teológicas sustentadas por nuestra fe en un Dios trino: creador, reconciliador y santificador”.²

Su primera premisa es que “la formación teológica tiene una estrecha interdependencia con la realidad sociocultural de su contemporaneidad”.³ Sergio insiste en toda su obra, una y otra vez, en la relevancia del contexto en el quehacer teológico, y este artículo de 1975 no es una excepción. Es el año en que se efectúa el I Congreso del Partido Comunista de Cuba en el remozado teatro Karl Marx. Es una época de efervescencia revolucionaria, de gran optimismo, de consolidación política e institucional y

esperanza en el futuro. Un año después se aprobó una constitución socialista mediante referéndum, que reconocía que el Estado socialista “fundamenta su política educacional y cultural en la concepción científica del mundo, establecida y desarrollada por el marxismo-leninismo” (artículo 38-2-a).

Ahora, ¿qué cambios han ocurrido en el contexto cubano a lo largo de estos cuarenta y cinco años que condicionan nuestra formación teológica en la sociedad socialista? Solo para mencionar algunos, en primer lugar, el “desmerengamiento” del campo socialista y de la Unión Soviética, lo cual, por supuesto, tuvo un impacto muy negativo en nuestra economía y en nuestro tejido social. En segundo lugar, y de manera muy oportunista, el imperio de los Estados Unidos de América apretó y sigue apretando las clavijas contra nuestro pueblo.

En tercer lugar, hay un cambio de política hacia la religión después de la histórica reunión que líderes evangélicos sostuvimos con Fidel Castro el 2 de abril de 1990, entre otros factores; y es así como, en 1991, el Partido Comunista, en su IV Congreso, cambió sus estatutos, permitiendo que las personas religiosas pudieran militar en sus filas. La Constitución fue enmendada un año después, lo que resultó en la eliminación de todas las referencias al ateísmo científico y, en consecuencia, se reconoció el Estado como laico. Esto fue ratificado en la Constitución que se adoptó en el referéndum popular realizado el 24 de febrero de 2019, la cual expresa en el artículo 15: “El Estado reconoce, respeta y garantiza la libertad religiosa. El Estado cubano es laico. En la República de Cuba las instituciones religiosas y asociaciones fraternales están separadas del Estado y todas tienen los mismos derechos y deberes. Las distintas creencias y religiones gozan de igual consideración”.

En cuarto lugar, en todos estos años hemos sido testigos de una proliferación de iglesias, ministerios, muchos de ellos conservadores, llamados “fundamentalistas”, con mucho dinero y recursos, que se consideran misioneros y que muchos de ellos son en realidad “mercenarios”, causando divisiones en el “Cuerpo de Cristo” (la iglesia). Se propagan “universidades” evangélicas e institutos bíblicos que improvisan una “formación teológica” sectaria y denominacionista, y se venden títulos de “doctorados en teología de microondas”, al decir de Reinerio Arce.

Todo esto es sin mencionar la pandemia de covid-19, el ordenamiento monetario, así como el cambio climático, que han tenido impactos negativos en nuestro contexto. Entonces, ni la sociedad ni la iglesia de hoy son las mismas de hace cuarenta y cinco años, y por tanto la formación teológica no puede ni debe ser la misma. Sergio resalta que “el primer problema al hablar de la formación teológica en una sociedad socialista como la nuestra pasa por clarificar el

propósito de esa formación, qué es ‘informar’ y ‘reformular’ para la iglesia cubana de hoy, para que pueda solucionar [...] el problema de comunicar el evangelio al pueblo cubano”.⁴ Estoy convencido de que nuestra labor pedagógica debe estar encaminada a formar facilitadores comunitarios, quienes inspirados en el evangelio de Jesucristo (por no referirme a otras religiones con las cuales trabajamos en nuestro programa del Instituto Superior Ecuménico de Ciencias de las Religiones) contribuyen a la transformación no solo de las iglesias, sino también de la sociedad. Se trata de una formación para una diaconía que, según Sergio, “trata de producir seres que tengan vista para ver las necesidades de los demás, para pensar hasta lo heroico en el sufrimiento de los anhelos y problemas de los otros, y para sentir compasión y amor por los demás, hasta el sacrificio de sí mismos”.⁵

La segunda premisa, dice él, es que “el fermento del reino de Dios cuaja la historia humana. [...] En la consecución histórica de un mundo donde el ‘tener’ no sea la fuente en la que los valores humanos se cosifiquen, la fe cristiana ve la acción de Dios en la historia”.⁶ De este modo, cuando se agudiza en la Cuba de hoy la tendencia egocéntrica y acaparadora, el autor del artículo nos ofrece el paradigma para una intervención solidaria y sanadora en la sociedad, basándonos en los valores de este reinado, que al decir del apóstol Pablo es cuestión de “justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Ro 14,17).

Estamos llamados, de este modo, a realizar una labor de capacitación para el emprendimiento, primordialmente a nivel comunitario, de incidencia en la base y para participar en las pequeñas y medianas empresas que se están desarrollando en nuestro país.

Y bajo esta premisa, Sergio nos recuerda que el “cristianismo evangélico, es decir, de ‘buenas nuevas a los pobres’ —la pobreza es una categoría evangélica que tenemos que redescubrir—, abraza una esperanza que se fundamenta racionalmente en una realidad primaria; el ser humano es un co-creador con Dios”.⁷ Una pregunta aquí sería, ¿cómo cuidamos de las personas en nuestro país que no les alcanza su sustento para sobrevivir en una situación de inflación y de alto costo de la vida? Aunque no nos guste el término y aunque lo adornemos con eufemismos como “personas que viven en situaciones de vulnerabilidad”, por las causas que todos conocemos tenemos situaciones de pobreza material (por no mencionar la “de espíritu”) en la Cuba de hoy. Ciertamente no se trata de “empobrecimiento” tal como comprendo lo define la teología de la liberación, es decir, en alusión a la pobreza causada por estructuras injustas; pero ciertamente nuestra formación teológica debe ayudarnos a “redescubrir la pobreza como categoría evangélica”, como entiendo nos reta Sergio hoy, y a no dejar de lado nuestra “opción preferencial por los pobres”.

Y finalmente, bajo la tercera premisa, el autor resalta que “la teología no existe para explicitar el fenómeno religioso de la iglesia, sino para transformar la iglesia a la altura de los tiempos que le toca vivir”.⁸ Aquí de nuevo Sergio argumenta la importancia de transformar la iglesia; sin embargo, esta transformación no debe ser un fin en sí misma. Recientemente recibimos una visita en nuestro Seminario de una alta funcionaria del Partido Comunista que nos invitaba a “meternos en los barrios para transformarlos”. Estamos llamados, por tanto, a seguir desarrollando una formación teológica que capacite para transformar la iglesia y contribuir a perfeccionar nuestra sociedad socialista hacia esos valores del reinado de Dios de justicia, de paz y de integridad de la creación. ♦

Notas

- 1 Sergio Arce Martínez: “La formación teológica en una sociedad socialista”, en *No se puede adorar a dos señores. Antología de textos teológicos (volumen II)*, comps. Dora Arce Valentín y Reinerio Arce Valentín, Editorial Caminos, La Habana, 2019, p. 120.
- 2 *Ibidem*, p. 128.
- 3 *Ibidem*, p. 129.
- 4 *Ibidem*, p. 120.
- 5 *Ibidem*, p. 122.
- 6 *Ibidem*, p. 134.
- 7 *Ibidem*, p. 138.
- 8 *Ibidem*, p. 139.

Sergio Arce Martínez: digno constructor para el reinado de Dios

Manuel Quintero Pérez



Mi recuerdo más remoto de Sergio Arce y su familia se remonta a la década de 1950, cuando él ejercía su pastorado en Santa Clara. Escribir estas líneas evoca en mi mente algunos momentos sobresalientes de esos años: la inauguración del nuevo templo, edificio de osada arquitectura en la Carretera Central inaugurado en 1957. Por cierto, en una ocasión le pregunté a Sergio por qué eligieron una parcela tan apartada del centro de la ciudad para construir el templo, y me reveló algo que muchos desconocen: que la Iglesia católica presionó al propietario de un solar céntrico para que no se lo vendiera a los presbiterianos. Memorias del antiecumenismo. Recuerdo las visitas al Centro Estudiantil Evangélico en la vecindad de la Universidad Central —donde compartí alguna que otra merienda y creo que hasta almuerzos con la familia Arce Valentín y el pastor Carlos Piedra— y las actividades recreativas de tarde de domingo en una casona en la carretera de Camajuaní, en las que Dora Valentín preparaba y repartía Kool Aid. Una década después, Dora nos agasajaba con excelentes mojitos en la casa presbiteriana del Seminario.

Sergio fue desde entonces una figura muy querida por mi familia. Su padre y mi padre estaban hermanados por su trabajo en

los ferrocarriles. Mi segundo hermano fue bautizado Sergio, el único con ese patronímico en las dos ramas familiares, paterna y materna. Sergio como Sergio Arce.

Hay un hiato de diez u once años en los que la figura de Sergio se distancia, aunque no se desdibuja. Escucho de sus empeños ecuménicos y de su trabajo eclesial por pastores como Raúl Fernández Ceballos y Carlos Camps, con quienes Sergio comparte inquietudes teológicas y políticas en esos años definitorios de la década de 1960. Terminé el preuniversitario y de regreso al terruño natal en 1968 encuentro ese librito suyo de apenas treinta o cuarenta páginas y título provocador: *La misión de la iglesia en una sociedad socialista: un análisis teológico de la vocación de la iglesia cubana en el día de hoy*, que para entonces ya tenía tres años de publicado.

Es importante situarse en el contexto de 1968 para entender el significado de ese aporte teológico para un estudiante de diecisiete años a punto de iniciar sus estudios universitarios, que vive su militancia cristiana con temblor y temblor. 1968 fue el año de la “microfacción”, aquel grupo de comunistas fieles a la línea de Moscú acusados de conspirar contra el Estado y obligados a cumplir penas de prisión; de la Ofensiva Revolucionaria, que terminó con la pequeña empresa privada; del cierre de los últimos campamentos de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción. Fue el año del centenario de la gesta del 10 de octubre de 1868, lo que Fidel llamó en un discurso antológico “el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes”. Un año, en resumen, de radicalización del proceso y de un llamado a continuar la obra iniciada en La Demajagua.

Ese 1968 enfrentaba un desafío muy complejo: cómo vivir la fe en un ambiente de profunda radicalización política donde la religión se calificaba como “reflejo fantástico de la realidad”, Engels *dixit*, y como “opio del pueblo”, la frase célebre de Marx en su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. ¿Debía convertirme en un apóstata, o procuraría ocultar mi militancia cristiana alejándome de la comunidad eclesial y encerrando en un cofre de apariencias mis cuitas espirituales? Creo que este dilema lo vivimos muchos en esa época. Hermanos y hermanas presbiterianas y de otras iglesias abjuraron entonces de su fe. No los juzgo. El reto era ser copartícipes en la hermosa tarea de construcción de la nueva sociedad y del nuevo ser humano —y en ese proceso los y las cristianas éramos discriminados de una forma u otra.

En ese ambiente de ateísmo dogmático y exclusión de las y los creyentes, Sergio Arce fue uno de los primeros líderes de nuestra iglesia en romper lanzas a favor de una fe cristiana comprometida con ese proceso revolucionario. Para

mí, como para otros que sufrían esa misma tensión desgarradora, *La misión de la iglesia en una sociedad socialista* abrió un horizonte novedoso: me ayudó a entender que los cristianos y cristianas estábamos llamados a encarnarnos para acompañar dicho proceso y ofrecer un testimonio de servicio en la realización histórica del reinado de Dios. Sergio postulaba que la revolución socialista era un proyecto histórico de liberación y, por tanto, una realización anticipada, aunque incompleta y provisional, de ese reino.

Sergio fue uno de los expositores en los seminarios de formación de líderes del Movimiento Estudiantil Cristiano que se celebraron durante años en el Seminario Evangélico de Teología. Sus conferencias fueron oportunidades inestimables para beber de su pensamiento y profundizar en esa encarnación de servicio. También para disentir de algunos postulados suyos, siempre con el debido respeto al pastor de mi niñez. En todo caso, Sergio afirmaba que la teología es desafío, reflexión y diálogo. Algunas veces, nuestras discusiones continuaban con fichas de ajedrez de por medio en la casa presbiteriana. Sergio era un jugador arriesgado y yo llevaba la mejor parte en esos duelos.

A Sergio le debo, le debemos, ser el organizador y animador por excelencia de las jornadas Camilo Torres. En mi opinión, esas jornadas tuvieron el efecto muy beneficioso de propiciar el encuentro de individuos y grupos que profesaban un compromiso con la Revolución —hasta entonces estaban aislados y dispersos por la larga y estrecha geografía de la Isla—, y de tender puentes con el quehacer de cristianos y cristianas que estaban luchando por la liberación en América Latina. Hoy puedo decir que si en 1971 me atreví a dar testimonio público de mi fe en los plenos estudiantiles de la Facultad de Ingeniería Eléctrica, fue gracias a esas enseñanzas de Sergio que me permitieron discernir que una alianza entre cristianos y marxistas no solo era posible, sino necesaria para la liberación definitiva del continente y para la sociedad “con todos y para el bien de todos” que queríamos construir en nuestro país, sin exclusiones ni discriminaciones de ninguna índole.

A partir de 1979 mi compromiso ecuménico me llevó a vivir y trabajar en otras latitudes, pero cuando regresaba a Cuba visitaba a Sergio y Dora en el Seminario y, más tarde, en la casa de la iglesia en Varadero. Reinerio y Dorita seguramente recuerdan aquel safari a Cayo Blanco acompañados por Sergio, Dora y otros matrimonios que casi termina en tragedia, porque nos sorprendió una tromba marina mar afuera. No recuerdo a nadie gritando: “¡Señor, sálvanos! ¡Nos estamos hundiendo!” Pero quizás alguno hizo esa petición en su corazón.

Con los años, en particular después de la debacle del socialismo real, nuestras conversaciones adquirieron un tono más político y también más autocrítico. La historia no marchaba según nuestras ilusiones. No fueron pocos los que

entonces abjuraron de su fe socialista y se subieron al carro dizque victorioso del capitalismo neoliberal. Sergio nunca claudicó de sus ideas. Él lo había dicho en una entrevista que concedió a Juana Berges y Reinerio Arce, incluida en *40 años de testimonio evangélico en Cuba*, un libro que tuve el privilegio de editar cuando era director de comunicaciones del Consejo Latinoamericano de Iglesias: “Voy a seguir con la vista adelante, con mis ideas, mis acciones, con mi cerebro y mi corazón”.

Sergio puso la mano en el arado y nunca miró atrás. Por eso fue un digno constructor para el reinado de Dios. ♦

Viene de la página 36

CARMELO E. ÁLVAREZ. Pastor, historiador y ecumenista. Doctor en Historia por la Universidad Libre de Ámsterdam. Es ministro ordenado de la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) e investigador del impacto del protestantismo y el pentecostalismo en América Latina. Ha sido profesor en varias instituciones de educación teológica en Latinoamérica, el Caribe y los Estados Unidos. Entre sus libros sobresalen: *El protestantismo latinoamericano: entre la crisis y el desafío* (1981), *Pentecostalismo y liberación: una experiencia latinoamericana* (1992) e *Introducción a la unidad cristiana* (2010).

MARITZA MACÍN LARA. Pastora metodista mexicana y profesora de la Comunidad Teológica de México, donde se graduó de máster en Teología. Desde 2020 es directora general de Casa Unida de Publicaciones, SA. Obtuvo el Premio Juan Rulfo para Primera Novela, otorgado por el Instituto Nacional de Bellas Artes, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto Tlaxcalteca de Cultura y el Consejo Estatal para Cultura y las Artes de Puebla, en 2011, por la novela *La falsa esposa*.

AURELIO ALONSO TEJADA. Sociólogo, filósofo y ensayista. Profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana, investigador titular del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Desde 2006 se desempeña como subdirector de la revista *Casa de las Américas*. Le fue otorgado el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas en 2013. Es autor, entre otros libros, de *Iglesia y política en Cuba* (2ª ed., 2002), y coordinador de *América Latina y el Caribe: territorios religiosos y desafíos para el diálogo* (2008).

Recordar hoy a Sergio Arce



DANIEL MONTOYA ROSALES. Sergio fue mi pastor cuando recién casado, en junio de 1970, y proviniendo de la Convención Bautista de Cuba Oriental, me invitó a hospedarme en la casa pastoral de la Iglesia Presbiteriana Central de Matanzas. La casa estaba amueblada con sencillez. Él era pastor de esa iglesia y, a la vez, recién había sido elegido rector del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, donde él residía con su familia.

En mi examen para ser aceptado como pastor presbiteriano él hizo la pregunta esperada: “Daniel, usted proviene de una Iglesia bautista que no acepta el paidobautismo, el bautismo de infantes, pero la Iglesia presbiteriana sí bautiza a los niños. ¿Usted bautizaría niños?”. Yo le contesté rápidamente: “Por disciplina lo haré”.

A Sergio lo recuerdo como un profeta que confió en un joven recién llegado, y de otra denominación eclesial, y que él apenas conocía. Él fue un pastor ecuménico que confiaba siempre en los jóvenes.

Una de mis primeras impresiones fue verlo en el púlpito usando guayabera en vez de traje y corbata, como era la costumbre en aquel entonces. Decía que se debía mayormente al calor que había en ese templo; pero más que eso, la guayabera mostraba su cubanía. Usaba siempre una estola latinoamericana para officiar la eucaristía o santa cena.

Pronto me desempeñé como su pastor asistente. Recuerdo sus mensajes siempre bíblicos y cristocéntricos, usando una exégesis bíblica liberadora, presentando a Jesús como un hombre libre, el más libre de todos los seres humanos. Libre frente a los guardianes de la ley y de la religión; libre hasta ser amigo de publicanos y pecadores; libre de prejuicios sociales: se atrevió a asegurar que los publicanos y prostitutas precederán en el reino de los cielos a los escrupulosos guardianes de la ley.

Sergio también se interesaba por la igualdad de los sexos, y así descubríamos en su predicación a mujeres de la Biblia, como Sara, Débora, Rut, Ester, Rahab, la sirofenicia, la samaritana, la Magdalena. Él luchaba contra toda discriminación por asuntos de género, clase social y religión. Y una de las características de su pastorado fue embellecer los templos por donde pasaba: Nueva Paz, Santa Clara, Matanzas Central, Varadero. Afirmaba que el adorador ama la belleza.

En 1980, siendo rector del Seminario, fue tutor de mi tesis de maestría en Teología titulada: “Una interpretación teológica y positiva del ateísmo de Marx”. Sergio disfrutaba mucho esos temas novedosos, relevantes y retadores.

El pastorado de Sergio y su compromiso social y político me inspiró en los años 80 para ofrecerme a trabajar secularmente, durante las mañanas, como trabajador social empírico en el Hospital Psiquiátrico de Matanzas, que en aquella época estaba a la orilla del río Canimar. Aún recuerdo vivamente cuando en una discusión de casos, reunidos con un paciente psiquiátrico, la enfermera, el médico y yo como trabajador social, el paciente dijo señalándome con el dedo: “Este no es un trabajador social. Es un impostor. Él es el pastor de la iglesia que está en Milanés y Dos de Mayo”. Todos nos echamos a reír. Más tarde, me ofrecí a trabajar en el Grupo de Desarrollo de Nuevas Comunidades: Triunvirato y Manuelito.

Gracias damos a Dios por la vida de Sergio, quien nos enseñó a vivir el compromiso social y político sin temor.



CARMELO E. ÁLVAREZ. Quiero agradecer, en primer lugar, la invitación que me hiciera mi querido hermano y amigo, el doctor Reinerio Arce Valentín. Me agrada poder participar, humildemente, en lo que para mí es un honor; y es un honor porque estamos honrando a una persona cuya vida, cuya trayectoria, fue un ejemplo de entrega, muchas veces en medio de polémicas serias, pero nunca dejando de lado lo que yo siempre he llamado “un apasionamiento por la verdad”, por la búsqueda de esa verdad y, a veces, de una manera muy militante.

Podía buscar maneras de compartir su inquietud, su pasión, su resuelta voluntad de involucrarse en aquella situación, que podía tener signos de injusticia, de intolerancia, de impaciencia, y lo mostraba con una pasión que yo le voy a llamar “contagiosa”. Ese tema de la paz con justicia, de la búsqueda de esa verdad, esa verdad que nos arropa, esa verdad que nos reclama, esa verdad que nos hace entrar con nuestro carácter, con nuestra voluntad, con nuestra vida, y que inmediatamente se hacía contagiosa.

Era un participante de diálogos intensos y honestos. Recuerdo la asamblea del Consejo Latinoamericano de Iglesias en 1978, donde tuve un discurso de los tres principales, y en un momento, al final, de manera muy amorosa y cordial, me tomó de las dos manos y me dijo: “En parte de lo que dijiste no nos hiciste justicia a Cuba. Tenías que haber hecho un poco más por hablar de lo que sucede y de lo que pasa, porque la presencia de nuestra delegación incluso se hace polémica, se hace cuestionable”. Entonces yo, en un momento dado, después cuando se intentó editar el discurso, hice referencia, de alguna manera a esa crítica cordial, sonriente. Después, inclusive, fuimos asesores de la asamblea, y en momentos con otros colegas, como José Míguez Bonino y otras personas, discrepamos en algunas temáticas; pero él siempre colaboró, dispuesto, con una actitud de amistad y compañerismo; con esa pasión por la verdad, ese compromiso y esa transparencia que yo le llamo “honestidad de libro abierto”. Sergio Arce Martínez era constantemente un libro abierto: no había en él dobles verdades ni manera de no ser honesto, manteniendo siempre la amistad, la cordialidad, la sinceridad, y permitiendo un margen —y a mí me gustaba mucho eso— de respuesta.

En varios escritos —incluso el otro día estaba viendo una conversación que hubo con varios teólogos importantes, entre ellos Jürgen Moltmann y Hugo Assmann— él hacía cuestionamientos que podían ser intransigentes o hacer que la otra persona o el resto de los colegas reaccionaran, y mantenía su línea de pensamiento. Sin embargo, al final, siempre estaba en atención a lo que podía ser una actitud no de beligerancia, sino de recepción a lo que él estaba planteando.

No era fácil, él tenía su carácter, lo mantenía. Era íntegro en ese sentido; pero, repito, era un libro abierto, con cierta honestidad y mente reflexiva. No se negaba, a veces, a cuestionarse a sí mismo, y volvía otra vez a compartir, o enmendándose o invitando a profundizar.



MARITZA MACÍN LARA. Mi primer recuerdo de Sergio Arce Martínez lo ubico en marzo de 1977, en México. Particularmente en el Centro Nacional de Comunicación Social, que dirigía José Álvarez Icaza. Ahí mismo teníamos las oficinas del Centro Coordinador de Proyectos Ecuménicos, que coordinaba Raúl Macín, mi padre, y yo trabajaba allí.

Llegó en esa fecha un grupo de cubanos cristianos, que visitaban nuestro país para realizar una reunión del Movimiento Cristiano por la Paz, la Independencia y el Progreso de los Pueblos. En esa delegación, además de Sergio, recuerdo a Raúl Fernández Ceballos y,

por supuesto, a la queridísima Dora Valentín, que eran parte también de la delegación cubana.

Sé que Raúl y Sergio fueron parte del Movimiento Estudiantil Cristiano por la década de 1970. No sé si su amistad surgió en esos tiempos o fue hasta su encuentro en 1977. Lo que sí sé es que ellos caminaron juntos en el compromiso de ordenar la casa común, y que ninguno de los dos se separó del propósito emanado de esa conferencia en marzo de 1977, que decía:

Reconocemos la tremenda importancia de la realidad histórica del peso social de los cristianos en América Latina y de la gran oportunidad de dar testimonio de nuestro Señor Jesucristo, en la creación de un nuevo orden social más justo para nuestro continente. La dimensión evangélica y evangelizadora de nuestra fe, debe ser entendida dentro del contexto histórico que nos ha tocado vivir. Nuestra reflexión teológica debe partir y nutrirse del compromiso cristiano en la lucha por la liberación de nuestros pueblos.

No puedo dejar de mencionar la entrañable amistad que había entre Sergio y Raúl, que pronto se extendió a Dora y Esther, sus compañeras de vida, en un primer momento, y luego al encuentro entre las hijas e hijos, relación que perdura hasta el día de hoy.

A una centuria de su nacimiento, sentimos un profundo agradecimiento por su ejemplo de entereza y entrega a la causa latinoamericana que nos ha hermanado históricamente. Tan es así, que hoy estamos reunidas y reunidos para celebrar su vida.

Doy gracias a Dios por este encuentro y la posibilidad de dar testimonio de mi encuentro con Sergio, con Dora, con la familia Arce-Valentín. Un fuerte abrazo para todos.



AURELIO ALONSO TEJADA. Quiero comenzar por agradecer a los compañeros organizadores de este encuentro el privilegio de participar con mis criterios, mis testimonios, de una vieja relación, larga, con Sergio Arce, y que me permitió conocerlo y seguir sus pasos en todo su activismo. No solo en el aspecto teológico, sobre lo que seguramente se han manifestado o se manifestarán otros compañeros, ya que yo no tengo las posibilidades de valorar —aunque conozco su obra, no toda pero sí algunos de sus libros más importantes. No me toca valorar eso, sino más bien voy a referirme a su participación en el proceso social y político

de la nación cubana, en el proyecto de nación que se genera con el triunfo revolucionario de 1959. Entonces, bueno, en primer lugar, voy a limitarme mucho en algunos datos personales que ya otros pueden haber tratado, como los estudios. Sergio Arce se graduó de Teología en el Seminario Evangélico de Río Piedras, en Puerto Rico, y fue profesor de Teología durante algunos años en la emigración en Estados Unidos, en el Seminario Teológico de Princeton, que es una institución importante dentro de la teología protestante en los Estados Unidos y dentro del mundo presbiteriano.

Sergio regresó a Cuba, si mal no recuerdo, en 1960 o 1961, después del triunfo de la Revolución. No me voy a meter en una larga historia que nos permita diferenciar, pero hay muchos escritos que muestran la historia de las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubanos en el siglo xx. Realmente se puede decir que el protestantismo es la parte del cristianismo que entra más tardíamente en Cuba, porque Cuba fue una colonia española, fue la última colonia española en independizarse. Incluso eso hace que haya una diferencia en las proyecciones de muchos cristianos que en el siglo xix tuvieron que emigrar a Estados Unidos, huyendo de la represión colonial española, sobre todo en los años en que empezó el movimiento insurreccional a hacerse sentir, y que en Estados Unidos algunos de ellos adoptaron una conversión hacia distintas corrientes del protestantismo. Entonces, evidentemente hay una presencia en ese protestantismo del siglo xix independentista frente al sentido colonial que tenía el cristianismo católico en la Isla. Eso crea un escenario que no se puede obviar cuando se analiza incluso el desarrollo que tienen una proyección y la otra después de la victoria revolucionaria de 1959, y en el proyecto de nación que la Revolución comienza a implantar en esa época.

Para no extenderme demasiado, voy a decir, en primer lugar, que conocí a Sergio Arce en el año 1964, en que visitó el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, al que yo pertenecía, que fue creado en 1963. Allí yo empecé muy joven enseñando la Filosofía Marxista, aunque mi formación también es cristiana, porque yo estudié en colegios católicos antes de la Revolución y me formé católico; pero abandoné el catolicismo y asumí el marxismo y una proyección atea un poco primitivamente; después fui moviéndome hacia una posición agnóstica, más comprensiva del diálogo y de las profundidades que el diálogo supone, y de la legitimidad de la fe religiosa en la historia y el papel de la religión en la cultura real, a medida que mi vida me permitió irme formando. Pero en esa época, en que empecé mi formación y empezaba mi vida en Filosofía, el reverendo Raúl Fernández Ceballos, que ya nos había visitado y tenía algunos contactos con nosotros —era un hombre muy vinculado a la Revolución, incluso desde la clandestinidad, etc., y al proyecto revolucionario

que se estaba desarrollando—, llegó y nos dijo que nos iba a presentar a un joven teólogo, y se apareció en el departamento con Sergio Arce. Allí se desarrolló un intercambio muy fructífero que duró más de dos, tres, cuatro horas, donde nos expuso, con profundidad, con argumentos fundamentados, las prioridades sociales que caracterizaban el proceso revolucionario cubano, manifiestas en la alfabetización, la gratuidad de la educación, la gratuidad de la salud, etc.; es decir, esos grandes pasos en las políticas sociales que la Revolución daba, incluso sin preguntarse todavía en aquellos tiempos cómo eso se iba a costear, porque realmente no había una economía que lo pudiera costear, porque la educación se hizo a partir del esfuerzo voluntario y de un sentido muy fuerte de solidaridad.

Entonces, Sergio fue realmente quien primero nos acercó a una visión de que esos pasos constituían —vistos en rigor— la aproximación a la esencia del cristianismo, de un proyecto cristiano genuino, legítimo, original, y que explicaba su posición. Incluso, recuerdo que en ese intercambio un colega nuestro, respondiéndole a Sergio, y voy a citar, le dijo: “Pero es que yo soy ateo”. Y Sergio le respondió: “Y del Dios del que tú eres ateo, yo también puedo serlo”. Es decir, Sergio nos explicó, en este sentido, cómo era la interpretación o la posición, cómo una posición social te acercaba a una visión de la divinidad, que podía no ser legítima, y tenía que ser descaracterizada desde una posición legítima de la divinidad. Es una frase que yo siempre recordaré; incluso a partir de ahí yo tuve una relación personal con Sergio, porque, además, el departamento estaba en calle K 507, y en frente estaba la iglesia, creo que es metodista, de K y 25, en cuyos locales laterales participé después muchas veces en actividades que organizaba el Consejo de Iglesias, y algunos de mis compañeros participaron conmigo.

Sergio fue rector del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas de 1969 a 1984, y pienso que su presencia en el Seminario fue decisiva en fomentar esta visión ecuménica en la proyección de los jóvenes protestantes que allí se formaban. Recuerdo que en esos años también fue el secretario general de la Iglesia presbiteriana. Entonces, yo me atrevo a afirmar que Sergio es la figura más importante de esa generación protestante. Junto a Sergio —pues no fue solo Sergio, fue una generación con el liderazgo de Sergio—, también fue promotor de estas concepciones sociales de la iglesia una personalidad de suma importancia en esta generación: Raúl Suárez, pastor de la Iglesia Bautista Ebenezer, que rompe con la tradición bautista que se mantenía un poco eclesiocéntrica en Cuba y desarrolla una iglesia más ligada al proceso de la nación cubana, y crea el Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr. Incluso crea una relación con los sectores más progresistas bautistas de Estados Unidos y se convierte en el punto de contacto de los Pastores por la Paz. Raúl Suárez fue muy importante también en ese sentido, pero Sergio fue, según creo, un poco la figura, el líder en

esta proyección ecuménica que también incluía a otros pastores como Adolfo Ham, Rafael Cepeda y otros que no quisiera ponerme a recordar, porque sería seguramente injusto omitiendo a alguno. Pienso que es el más importante, por el papel que desempeñó en el Seminario, por el papel que desempeñó en el Consejo de Iglesias y en el Centro de Estudios del propio Consejo, y yo me atrevo a decir que esa generación, en la que Sergio fue un genuino líder, es la heredera, de cierta forma —porque la historia no pasa en vano nunca—, del independentismo que existió en pastores protestantes, que incluso colaboraron con Martí en la preparación de la Guerra Necesaria, en la fundación del Partido Revolucionario Cubano y en toda la actividad independentista. Hay una corriente de pensamiento independentista que después también esta generación rescata dentro del protestantismo, y que fue muy importante, porque yo creo que fue el verdadero ecumenismo cristiano. A pesar de que el Concilio Vaticano II de la Iglesia católica le abrió las puertas al ecumenismo en Cuba, en el cristianismo cubano no se puede negar que la presencia ecuménica más activa —tanto en lo concerniente a la relación interdenominacional de las iglesias, a las relaciones con el catolicismo, a las relaciones con las autoridades e instituciones del proceso revolucionario—, la más evidente, la más positiva, fue la que se sostuvo dentro de esta corriente del protestantismo, de la que Sergio se puede considerar un genuino promotor, líder y personaje central.

Era la época en que como había triunfado la Revolución cubana y se había dado, por otra parte, el Concilio Vaticano II, y había influencias tanto políticas como religiosas progresistas cristianas en América Latina, se empezaron a fomentar los movimientos cristianos, las comunidades eclesiales de base, se crearon los movimientos Cristianos por el Socialismo, en Chile, y Sacerdotes del Tercer Mundo, en Argentina. Hubo una serie de movimientos cristianos progresistas de izquierda que incluso se conectaron con la Revolución. Aunque muchos de ellos eran movimientos católicos, tuvieron más conexión con las figuras señeras del protestantismo de esta dirección, que con los pastores católicos.

En el sentido del ecumenismo con el catolicismo, fue muy importante —y también en esto tuvo un papel central Sergio—, entre finales de los años 60 y principios de los 70, la organización de las jornadas Camilo Torres, que se desarrollaban en los bajos de la iglesia de K y 25, y a las que asistía siempre invitada la madre de Camilo Torres Restrepo, sacerdote guerrillero colombiano que cayó en combate en 1966. Asistí mucho a esas jornadas, a las que Sergio me llevó y hasta me hizo hablar en la clausura de una de ellas. A esas jornadas asistía también el padre Carlos Manuel de Céspedes y García Menocal, que era entonces secretario ejecutivo de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, y asistían otros católicos, pero no otras figuras del clero católico.

Posteriormente, hay otro momento importante. Yo creo que Sergio es muy importante también en desarrollar las relaciones internacionales desde esta proyección protestante. Sergio fue electo miembro del secretariado mundial de la Conferencia Cristiana por la Paz, creo que desde mediados de los 60, y promueve allí la organización de un capítulo latinoamericano de dicha Conferencia, que tenía su sede en Praga, y logró también que se organizara la conferencia fundacional del capítulo latinoamericano aquí en Cuba. Tengo el honor de haber colaborado modestamente, participado con Sergio; por lo menos recuerdo muy bien todo su activismo, su prestigio bien ganado ante los dirigentes protestantes de la Conferencia Cristiana por la Paz, y cómo fue unánime su elección como presidente del capítulo latinoamericano de la Conferencia Cristiana por la Paz, que lo presidió durante muchos años. Esa fue una presencia muy importante también para el protestantismo más progresista y para la proyección cubana que representaba Sergio.

Hay una anécdota interesante que deseo citar. No sé si un poco antes o después de esa reunión de la Conferencia Cristiana por la Paz, se celebró una reunión del Consejo Latinoamericano de Iglesias, en Buenos Aires, y Sergio fue invitado y no había presupuesto para asistir. Entonces lo normal cuando pasaban esas cosas, era que se mandaba un mensaje y ya. Pero Sergio no; él comprendía la importancia de su presencia y se montó en el avión sin un centavo y se fue a la conferencia de Buenos Aires sin un centavo de presupuesto. De todos modos, allí se conectó con la embajada cubana (miren las buenas relaciones que ya tenía con las instituciones políticas cubanas), y el embajador de entonces, Emilio Aragonés, le hizo un préstamo, que después aquí hubo que hacer dieciocho mil gestiones para que se lo reembolsaran a Aragonés, según me han contado. Esta es una historia que no conozco escrita, no sé si será totalmente verdad o no; pero como dicen los italianos *se non è vero, è ben trovato*, es decir, es muy probable que sea así, que sea rigurosamente así. Yo espero que alguien que la conozca bien, algún día la deje plasmada en un libro.

Lamentablemente, con tan buenos historiadores que ha formado la Revolución, las relaciones entre las iglesias, entre el cristianismo y la realidad cubana de la segunda mitad del siglo xx y de los comienzos de este siglo, es decir, posterior a la Revolución, no ha sido trasteada a fondo por el bisturí de la historia. La historiografía tiene que meterse en ese plano y sacar a flote montones de testimonios, anécdotas, porque se van muriendo las personas que pueden contarlos. Yo, afortunadamente, tengo mis libros y artículos escritos, y mis colaboraciones hechas; pero hay muchas personas que conocen mucho más que yo, que tienen más dominio que yo —creyentes o no—, que han estado vinculadas con eso. Yo, aunque no soy un creyente, me siento un participante

muy comprometido en ese diálogo y muy comprometido en defender la legitimidad de la fe religiosa y de la fe cristiana, específicamente en la que me formé. Entonces, me siento comprometido en eso, porque sé que es parte de la cultura cubana, como también otras religiones presentes en la cultura cubana.

Yo creo que hay que defender ese peso específico de la religiosidad como parte de la cultura. Entonces, defenderlo es también someterlo al bisturí de la historiografía rigurosa, seria, objetiva, desprejuiciada; no desde una visión parcial, incrédula, ateísta, prejuiciada, ni de una visión fundamentalista religiosa. Creo que hay que tratar esa historia desde posiciones de fe y desde posiciones fuera de la fe religiosa. Creo que el día que se trate esa historia se conocerá mejor el peso específico que tuvo Sergio Arce en esas relaciones y en esa realidad, y también el reconocimiento que el proceso revolucionario le hizo; porque Sergio Arce incluso fue elegido diputado a la Asamblea Nacional, siendo un pastor protestante. Fue el primer pastor protestante diputado a la Asamblea Nacional, y lo fue por tres mandatos consecutivos, es decir, fue electo y reelecto en dos mandatos más. Y entonces me parece que toda esa relevancia subyace en ese activismo de Arce, y en su producción teológica. Sergio tiene siete u ocho libros de teología, no sé cuántos. El primero relevante fue *Teología en Revolución*. Este es un libro muy importante, porque surge en el momento en que se había producido, tanto en sectores protestantes latinoamericanos como católicos, la idea de una teología de la liberación, por una parte, con Gustavo Gutiérrez, el jesuita, y por otra, con Rubem Alves y con otros pastores protestantes que tuvieron mucha significación. Después esto se desarrolló mucho en Brasil, Chile, y a lo largo del continente latinoamericano, bajo el paraguas de una teología de la liberación. Yo creo que Sergio la interpreta, la analiza, y realiza en Cuba una visión teológica que ya no tenía por qué ser la liberación, porque no se planteaba como su centro la liberación de una situación social reprimente para las masas de la población, sino de una situación distinta y, por lo tanto, él empieza con una teología en Revolución. Me parece que el libro, de 1988, fue muy importante en esa época. Su obra teológica yo creo que recorre más bien los años 90, es una obra de su madurez como pensador y como activista participante en toda la vida social y religiosa a la vez.

Dora Valentín (Dolly), su compañera, fue un personaje también muy importante desde su época de estudios en Río Piedra, y fue la madre de sus hijos, la madre de Reinerio Arce Valentín, que es también un excelente teólogo. A Reinerio y a Dorita los conocí de niños, y los recuerdo con mucho afecto siempre, en la casa rectoral del Seminario de Matanzas, en aquellos tiempos.

Esa vida y la del conjunto de esos pastores, y de la presencia protestante, tienen que ser resaltados en una historiografía de la vida revolucionaria. Cuando

digo revolucionaria quiero decir de la vida que se ha vivido y que se vive en el proyecto de nación que la Revolución ha creado y que sigue vigente a pesar de vivir, de sufrir, de padecer, incluso de manera creciente, hoy día los momentos más duros y más peligrosos. Yo pienso que hay una deuda con Sergio y con esa generación que tiene que ser rescatada. Ojalá y este encuentro con motivo de su centenario, sirva como una motivación para que se rescate, por las generaciones actuales y futuras. ◆

Sergio Arce, más cercano que nunca

Carlos Emilio Ham Stanard



Querido Sergio, cuando reflexionamos en tu legado en relación con el Seminario Evangélico de Teología, lo podemos resumir en tres pilares: persistencia, contextualización, ecumenicidad.

Fuiste rector del SET durante los años 1969 a 1984, una época en que muchas personas no veían futuro en la formación teológica, precisamente porque no veían futuro en la propia vida en misión de la iglesia. Me tocó estudiar en el Seminario en ese período, cuando éramos cuatro gatos, y recuerdo con gratitud el ánimo y la esperanza en el futuro que nos infundiste; recuerdo muy bien tu persistencia contagiosa, anclada en tu fe en el Dios de la iglesia y de la historia.

Durante tu rectorado nos recordaste una y otra vez que la teología, si no es contextualizada en nuestra realidad, no es teología. Tu compromiso con una iglesia encarnada en la sociedad y tu servicio a la Patria le dio consistencia a tu profunda e innovadora reflexión bíblico-teológica que nos marcó en nuestra formación.

Durante tu rectorado se acentuó el énfasis en una formación teológica con una visión ecuménica, que estaba presente no solo en las aulas y en el trabajo voluntario, sino que también se profundizaba y ampliaba hacia

todo el mundo habitado cuando participábamos en los eventos ecuménicos que se realizaban en el seminario, encuentros y consultas del Consejo Ecuménico de Cuba, el Movimiento Estudiantil Cristiano, la Conferencia Cristiana por la Paz, entre otros.

Y finalmente, no te faltó el humor criollo, cuando le dijiste a tu hijo Reinerio, al asumir el rectorado en el año 2004 que ¡el rector del seminario se dedica a sacar muchas cuentas!

Querido Sergio, damos gracias a Dios por tu fecunda vida, y tu querido SET trata de seguir tu ejemplo y legado de continuar trabajando en la formación teológica ecuménica de los líderes y pastores de las iglesias cubanas en su llamado por Dios a realizar con efectividad la misión de construir su reinado de justicia y paz en nuestra patria. ♦



UNA VENTANA AL CRECIMIENTO HUMANO

**XXII Instituto Bíblico-Pastoral
para líderes laicos de las iglesias**

LA VOCACIÓN

8 al 12 de julio de 2024



No hay posibilidad de vivir sin ninguna ideología, sin ninguna doctrina religiosa o sin ninguna interpretación del sentido de la historia, tanto personal como universal. Lo cierto es que, si no nos suscribimos a una ideología, una doctrina religiosa o una interpretación de la historia, nos suscribimos a otra. Lo que le toca a la teología es enjuiciar la praxis de los cristianos desde la perspectiva de la fe para hacer posibles las opciones políticas, sociales e ideológicas apropiadas a la fe que decimos tener, en respuesta a las exigencias de esperanza, de justicia y de amor solidario que hagan posible una vida humana caracterizada por una hermandad cada vez más universalizada.

Sergio Arce: "Itinerario teológico",
en Juan José Tamayo-Acosta y Juan Bosch (eds.):
Panorama de la teología latinoamericana,
Verbo Divino, Navarra, 2001, p. 130.